

DOSSIER ESPECIAL

Francia: de la crisis al caos político

julio de 2024



1

AARON JOHNSON. – *Meteors* ('Meteoritos'), 2021

¿No resulta un tanto hipócrita nuestra sorpresa? Una crisis institucional, Reagrupamiento Nacional como primera fuerza política en Francia, el “gran espectáculo” político: la coyuntura de las últimas semanas se inscribe en la lógica de los últimos cuarenta años de la historia francesa.

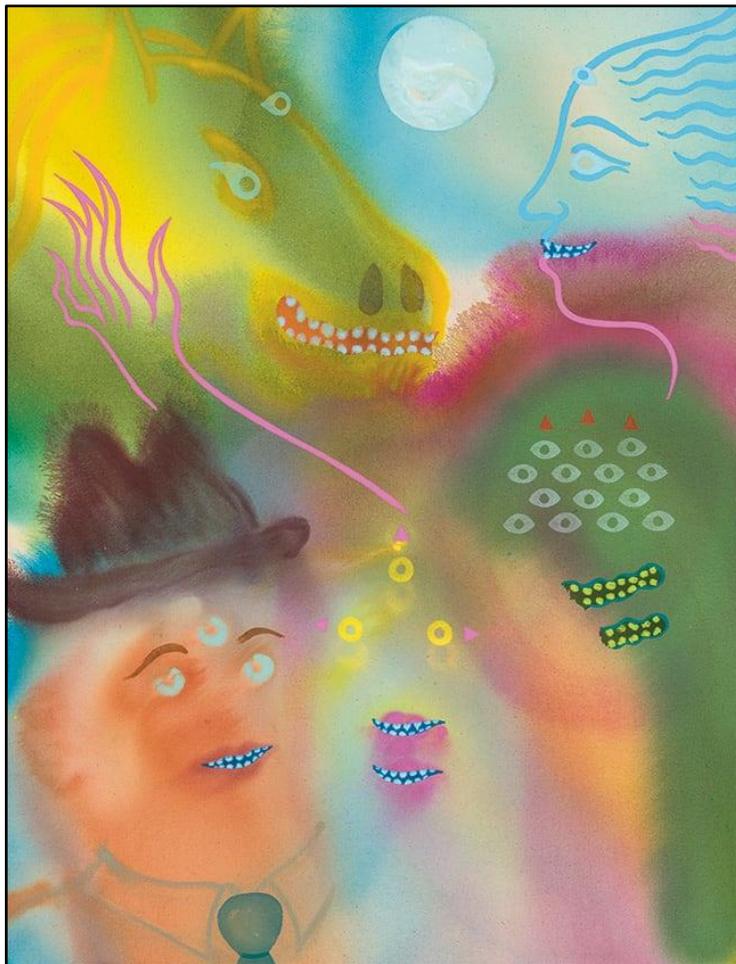
El rechazo de las clases dirigentes (“Y aquí estamos”), su menosprecio cultural (“La fiebre del orden”), su desprecio social y su separatismo a nivel espacial (“Los condescendientes detractores de la Francia fea”) han preparado el terreno al antiguo Frente Nacional. A día de hoy, su xenofobia y su antifeminismo (“Los influencers de la ‘machosfera’”) han dejado de indignar a parte de la élite (“La élite de la extrema derecha”). Como líder de un Estado del que las clases populares desconfían (“¿Ha dicho ‘sentimiento de abandono’?”), el debilitado presidente francés trata, por su parte, de improvisar. Pero, tal y como demuestran sus resultados diplomáticos, este método tiene límites (“A los ojos del mundo”).

Y aquí estamos

Seis meses después de cumplirse cincuenta años de su fundación, Reagrupamiento Nacional se ha convertido en la primera fuerza política de Francia. Sus prioridades ideológicas –el endurecimiento del derecho penal, la lucha contra los inmigrantes y los “subvencionados”– sirven ya de inspiración a las políticas del presidente Emmanuel Macron. Pero la extrema derecha lleva aún más tiempo alimentándose de las renunciaciones y las concesiones de los partidos de Gobierno.

3

por **Benoît Bréville**, **Pierre Rimbart** y **Serge Halimi**, julio de 2024



Aaron Johnson. – *Misty Morning* ('Mañana brumosa'), 2023

Reagrupamiento Nacional en el centro del tablero de juego, el orden político roto: ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Decidida por Emmanuel Macron tras las elecciones europeas del 9 de junio –en las que el partido de Jordan Bardella recabó el doble de votos que el del presidente–, la disolución de la Asamblea Nacional no solo ratifica el estrepitoso fracaso de un extremo centro convencido de que dirigir un país es como administrar un banco, ni siquiera el del personaje impulsivo y arrogante que se creyó un escudo frente a la extrema derecha antes de abrirle las puertas del poder: “Si ganamos –afirmó en Saint-Denis el 20 de marzo de 2017–, se vendrán abajo al día siguiente. No me cabe la menor duda”. El capricho de Macron cierra un largo ciclo de hipocresías consistente – para los sucesivos Gobiernos desde el despegue de la extrema derecha– en denunciar los efectos de unas causas que ellos mismos han favorecido. Los primeros éxitos del Frente Nacional, registrados en los comicios locales de 1983, coincidieron, en efecto, con la sumisión de los socialistas en el poder a las imposiciones europeas cuando renunciaron a la política de “ruptura con el capitalismo” prevista en su programa. Aunque nada vincula ambos sucesos, la obediencia tanto de partidos de derecha como de izquierda a las reglas de una globalización que a veces han presentado como “feliz” brindó un terreno fértil a un partido que en las legislativas de 1981 solo se había hecho con 100.000 votos. A medida que las clases dirigentes dejaban en manos de instancias supranacionales porciones cada vez mayores de su soberanía económica, monetaria y jurídica, el debate público –hasta entonces dominado por la oposición entre liberalismo y socialismo– se veía reformulado en términos de fracturas culturales, de seguridad, sociales, identitarias y hasta civilizatorias.

El grupúsculo, fundado en 1972 por partidarios del régimen de Vichy y de la Argelia francesa, fue cobrando fuerza en el caos social producto de la desindustrialización y el paro masivo. Transformó la ira suscitada por una oligarquía liberal o socialista convertida en gestora de la globalización en un resentimiento que apunta hacia arriba –contra sus sucesivos dirigentes, así como contra sus aliados intelectuales y mediáticos– y también hacia abajo, en un odio angustiado contra algunos de los más vulnerables: los trabajadores árabes “que nos roban los empleos” durante la primera oleada de desempleo masivo, y luego los musulmanes “que amenazan nuestros valores” tras el 11 de septiembre de 2001 –más aún después de los atentados terroristas en Francia (2012-2016)–. Entre las condiciones –no suficientes– del éxito de la extrema

derecha se cuentan el paro, la precariedad laboral, la desorganización social y las incertidumbres sobre el futuro que engendran. Pero también deriva de una cínica instrumentalización política: como la clase dirigente imagina que el Frente Nacional (FN) y luego Reagrupamiento Nacional (RN) son inelegibles, espera salir reelegida haciendo campaña contra la formación paria, no sin antes haber contemporizado con sus prioridades en materia de inmigración y seguridad (1). El tema de la “lucha contra los extremos”, omnipresente desde el 9 de junio, ha reavivado el viejo estribillo del partido del justo medio, destinado a reservar para el único “bloque central, progresista, democrático y republicano” –como lo describió Macron– el derecho a dirigir el país para siempre jamás.

Lo cierto es que la disolución de la Asamblea Nacional también señala el final de un espectáculo político de sombras chinescas. Una dramaturgia que sigue una lógica cuyas premisas han sido aceptadas por sus actores desde principios de la década de 1990: dado que, en primer lugar, el ascenso de los nacionalismos –en nuestro caso, el del Frente Nacional– es en gran medida el subproducto político de la globalización y de los trastornos y miedos que genera, y que, en segundo lugar, los dirigentes políticos juzgan dicha globalización, pese a todo, inevitable y hasta deseable, la vida democrática debe desarrollarse al ritmo de una prioridad repetida escrutinio tras escrutinio: impedir que la extrema derecha llegue al poder, “levantar un dique” contra ella. Con el paso de los años, el FN, y luego RN, ha constituido una fuente de réditos para los partidos tradicionales, que ya se benefician de un sistema electoral cortado a su medida: hasta 2022, RN solo contaba con un puñado de parlamentarios, y aún en la actualidad no controla el Ejecutivo de ninguna de las 13 regiones francesas. En suma: las formaciones del llamado “arco republicano” [partidos caracterizados por su oposición a las formaciones “populistas” de izquierda o derecha] se han turnado para presentarse contra el FN o RN con la casi certeza de acabar triunfando y con la facultad de desinteresarse por las razones del éxito de la formación de extrema derecha.

Poner de relieve la franja de militantes y cargos del FN abiertamente racistas sirvió de pretexto para eliminar del juego electoral a esa parte creciente de las clases populares –y, más tarde, de las clases medias– que se valen de ese partido rechazado para expresar su rechazo de los partidos. Los votantes del FN o, más adelante, los de RN, preocupaban por momentos a las élites antes de ser arrojados, junto con los

abstencionistas, a la irrelevancia política. La exigencia “republicana” de eludir la “democracia” –víctima de los miedos, amenazada por pasiones políticas parcas en matices y, más recientemente, por las noticias falsas y las injerencias extranjeras– permitió que se justificaran los veredictos de los expertos en contra del voto popular. Al margen de las papeletas recabadas por la extrema derecha, el desprecio del voto inmoderado funge de virtud política: para los antiguos alumnos de Sciences Po, la Escuela Nacional de Administración (ENA) o la École Polytechnique, las exigencias de Bruselas, Moody’s y McKinsey se imponen como prueba de modo más espontáneo que el 54,8% de noes en el referéndum sobre la Constitución europea del 29 de mayo de 2005, que los chalecos amarillos, que las protestas del personal sanitario, que las huelgas o que el 70% de franceses opuestos a la última reforma de las pensiones. Durante las últimas décadas, responsables políticos tanto de derecha como de izquierda han demostrado, sin embargo, que podían actuar rápida y resueltamente y apartarse de las normas europeas que habían presentado como intangibles cuando eran sus adversarios los que reclamaban su transgresión, pero solo con el fin de que todo siguiera como hasta entonces. Así, se negociaron nuevos tratados de libre comercio, se rescató a los bancos y se financió la economía durante la pandemia.

El caso francés no es una excepción, habida cuenta de que las grandes orientaciones económicas y sociales de los países occidentales se ajustan al mismo diapasón. La introducción de una competencia universal entre obreros, empleados, directivos y luego servicios públicos ha instaurado por todos lados las mismas oposiciones nacionales entre trabajadores estables y precarios, población activa y parados, concentraciones urbanas conectadas y territorios abandonados, clases cultivadas y población sin estudios (2); y –aunque adoptando formas diversas– el mismo auge de formaciones de extrema derecha que abogan por un capitalismo nacional dirigido por élites locales. No obstante, el desarrollo del FN presentó características específicas: seguir las sinuosidades que han llevado del cierre de una fábrica o una oficina de correos, o de una pérdida de poder adquisitivo, a los 31,4% de los votos emitidos el 9 de junio a favor de un partido xenófobo, supone revisar la conducta de unas élites de todo signo político que, durante cuarenta años, han vivido como si de un feliz advenimiento se tratara la presencia de un hombre del saco que, para seguir con la fiesta, solo había que apartar indefinidamente del juego.

El 24 de abril de 1988, Jean-Marie Le Pen, que acababa de hacerse con el 14,39% de los votos en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, celebró en la televisión el “gran impulso del renacimiento nacional” que iba a derrotar a los “partidarios del declive y la decadencia”. Le pisó los talones al ex primer ministro Raymond Barre, de quien solo le separaron dos puntos, y aplastó al candidato comunista André Lajoinie, que solo consiguió el 6,76% de las papeletas. Desde su fundación en 1972, el Frente Nacional defendió un clásico programa de extrema derecha en el que se mezclaba el rechazo de la Revolución francesa, el anticomunismo fanático, la expulsión de los inmigrantes y la reinstauración de la pena de muerte. Sin olvidar las cuestiones de orden moral: el FN, de orientación patriarcal, mostraba una furiosa oposición a la libertad de abortar y a los derechos de las minorías sexuales. En el aspecto económico, se oponía a la vez al marxismo, a la economía mixta defendida por Valéry Giscard d’Estaing mientras estuvo al frente del Ministerio de Finanzas (1959-1966 y 1969-1974), y luego a su liberalismo económico cuando se convirtió en presidente (1974-1981). El FN aspiraba a conciliar economía nacional (proteccionismo) y desmantelamiento del Estado del bienestar, bajada de impuestos, eliminación de la Seguridad Social y del sistema de reparto para la jubilación, y privatizaciones masivas. Un programa inspirado, a la vez, por el presidente estadounidense Ronald Reagan –en compañía del cual Le Pen se esforzó por fotografiarse– y por el dictador chileno Augusto Pinochet, del cual afirmó que había “salvado a su país”.

El primer éxito a nivel nacional del FN se remonta a las elecciones europeas de 1984 (11%): Le Pen consiguió sus mejores resultados entre los pequeños empresarios y los directivos procedentes de las facultades técnicas y comerciales, así como entre una burguesía reaccionaria a menudo católica y nostálgica de la Argelia francesa. Cuatro años después, al electorado del Frente Nacional se le sumaba una parte creciente (27%) de trabajadores cualificados, comerciantes y empresarios amenazados por la desindustrialización y, con ellos, una proporción significativa (19%) de obreros. Esta amalgama de sectores de la población con intereses divergentes persistirá durante cerca de dos décadas.

Es el contexto, más que su programa, lo que da impulso al partido. Desde la elección de François Mitterrand, la cuestión social de los trabajadores inmigrantes y sus hijos se reformuló en términos de un problema de

orden público y de secesión étnico-religiosa. Los muy mediatizados disturbios del verano de 1981 en la ciudad dormitorio de Vénissieux, perteneciente al área metropolitana de Lyon, llevaron a los programas llamados “política de la ciudad” de desarrollo de los barrios, pero los conflictos en las fábricas automovilísticas de 1982-1984, en la que hubo despidos por miles, suscitaron una oleada xenófoba en la prensa conservadora. Una xenofobia que el primer ministro socialista Pierre Mauroy consolidó al hablar, en enero de 1983, de “trabajadores inmigrantes [...] agitados por grupos religiosos y políticos”. Un desempleo masivo que afectaba sobre todo a los trabajadores cualificados de origen inmigrante, sumado a la desesperación del Gobierno de izquierda, la insistencia de la derecha en la cuestión del desorden y la delincuencia, así como la fuerte resonancia mediática de los temas relacionados con la inmigración y la inseguridad, alimentaron los primeros éxitos electorales del FN: 11,26% en el distrito XX de París en marzo de 1983 con el eslogan: “Inmigración, inseguridad, paro, fiscalidad: ¡estamos hartos!”. En el otoño siguiente, fue el turno de las elecciones municipales en Dreux, donde el FN se hizo con el 16,72% de los votos. “La única internacional de estilo fascista es roja, no marrón”, señaló, sin embargo, el intelectual moderado de referencia Raymond Aron, del cual se dice que nunca se ha equivocado. Que “cuatro colegas de [Jean-Marie] Le Pen” tengan escaños en el Ayuntamiento de Dreux le parecía “menos grave que aceptar a cuatro comunistas en el Consejo de Ministros”. La izquierda socialista, por su parte, reaccionó a esta progresión más en el terreno cultural que en el social: sus medios de comunicación celebraron la “cultura beur” (inmigrantes de origen magrebí) y el Partido Socialista apadrinó la organización SOS Racismo, muchos responsables de la cual acabarían integrándose en el partido. Uno de ellos, Harlem Désir, llegaría incluso a dirigir el PS al comienzo del quinquenio de François Hollande... antes de convertirse en viceministro de Asuntos Europeos.

El Frente Nacional se convirtió en el espantajo indispensable de los socialistas: les permitió volver a movilizar a una militancia aturdida por el gran giro liberal de 1983-1984 y vieron en él un medio para sembrar cizaña entre el enemigo. “Nos interesa impulsar al FN –explicó en junio de 1984 Pierre Bérégovoy, por entonces ministro de Asuntos Sociales—. Hace que la derecha se vuelva inelegible. Cuanto más fuerte sea, más imbatibles seremos nosotros. Es una oportunidad histórica para los socialistas”. Previendo su apabullante victoria en las legislativas de 1986,

François Mitterrand presentó para su aprobación el sistema de representación proporcional, que provocó la entrada de 35 diputados del FN en la Asamblea Nacional. Con el fin de permitir el ascenso del FN y así estorbar los éxitos electorales de la derecha parlamentaria, los socialistas agitaban el capote rojo del derecho al voto de los inmigrantes en las elecciones locales, sin llegar nunca a legislar en ese sentido.

Es más, el FN debió sus primeros bombazos mediáticos al inquilino del Elíseo. En respuesta a una carta de Le Pen en la que se quejaba de su invisibilidad mediática, Mitterrand intervino personalmente en junio de 1982 para que el fundador del FN apareciera en directo en el telediario y, más adelante, en febrero de 1984, para que fuera invitado al programa televisivo L'Heure de vérité, considerado una instancia mediática de consagración política. Por aquel entonces, el presidente socialista solo veía en Jean-Marie Le Pen a “un notable” inofensivo. Poco podía suponer que, en 2022, su feudo electoral de Nièvre votaría por... su hija, Marine Le Pen.

Entre tanto, el partido adoptó los dos rasgos que definirían su marca de fábrica. En primer lugar, aprovecharse de las transformaciones en la esfera mediática para presentar la actualidad como una validación de sus tesis. De la radicalización de la derecha en materia de seguridad bajo la férula de la dupla Pasqua-Pandraud (1986-1988) a los disturbios de Vaulx-en-Velin de octubre de 1990 –descritos en directo por televisión como una “intifada de los suburbios”–, pasando por la primera polémica sobre el uso del velo islámico en un colegio de Creil y la fetua del ayatolá Jomeini contra el escritor Salman Rushdie un año antes, el trasfondo mediático y político alimentó el debate sobre una segunda generación de inmigrantes menos leales a Francia que a sus orígenes árabes y, pronto, al islam. En segundo lugar, el FN contrapesó su dogmatismo nacionalista con una desconcertante flexibilidad táctica. La puesta en marcha del mercado único (1986-1993), respaldado por la derecha y los socialistas, y su coincidencia con el fin de la Guerra Fría le inspiraron a Jean-Marie Le Pen un cambio de rumbo radical. Favorable hasta mediados de la década de 1980 a una moneda y una defensa europea comunes frente a la “amenaza” soviética, ahora denunciaba “una Europa globalista y tercermundista”, a los “federastas” de Bruselas y a los “banqueros apátridas” que se supone se hallaban en el origen del Tratado de Maastricht, al cual se opuso (3). Análogamente, plantó cara

a la Política Agrícola Común, los acuerdos de libre comercio, el Tratado de la Constitución Europea de 2005 y, dos años después, el de Lisboa.

En 1992, la actualización del programa económico del FN insistió en la lucha contra el “liberalismo salvaje” y la “noción del nuevo orden mundial apoyado en grandes multinacionales cuyos intereses llevan a la búsqueda de un libre comercio mundial generalizado y desregulado”. En el referéndum sobre el Tratado de Maastricht, el “sí” que se impuso por la mínima (51%) reveló a una clase política y mediática casi unánime lo muy relativa que era la popularidad de una Europa de los mercados que ella creía generalizada. En ese momento, el FN enterró el ultraliberalismo de Reagan y se presentó como el defensor de “numerosos servicios públicos, como comisarías, maternidades o servicios hospitalarios” amenazados por Bruselas. La devoción proeuropea del mundo de los negocios, las clases cultivadas, los medios de comunicación y los partidos de Gobierno ofreció entonces al FN el cuasimonopolio de la crítica radical de una institución cada vez más impopular. A diferencia de la izquierda, no buscaba reformarla en el sentido de una “Europa social”: “La Unión Europea se ha convertido en un sistema totalitario, y el saldo que arroja es un verdadero desastre económico y social: recesión, deslocalización, desprecio de los pueblos, precios disparados desde la instauración del euro, desaparición de nuestra agricultura [...] y de nuestros servicios públicos, inmigración masiva, destrucción de nuestra identidad nacional...”, explicaba el “Euromanifiesto” del Frente Nacional de 2009. Marine Le Pen prolongó la anterior orientación al reclamar, hasta 2018, la salida de Francia del euro.

Varios factores ralentizaban periódicamente el progreso de la extrema derecha. En primer lugar, las escisiones o crisis internas. La de 1998-1999 entre Jean-Marie Le Pen y Bruno Mégret privó al FN de numerosos efectivos y contribuyó a su pésimo resultado en las elecciones presidenciales de 2002. Ciertamente llegó a la segunda vuelta, pero solo para conseguir menos del 18% de los votos, apenas un poco más que en la primera... El “techo de cristal” parecía por entonces hallarse especialmente bajo, casi a un nivel redhibitorio. Cinco años después, gracias a una campaña basada en temas de inseguridad, inmigración e identidad nacional tras los disturbios de noviembre y diciembre de 2005, el ministro del Interior Nicolas Sarkozy logró seducir a una parte del electorado del FN, llevando a que Jean-Marie Le Pen se hiciera con

solo el 10,4% de las papeletas en su quinta y última candidatura a ocupar la presidencia del Gobierno. A todos les pareció que el peligro había quedado definitivamente atrás. Tanto más por cuanto otro elemento parecía demostrar que, en lo sucesivo, los militantes de izquierda encarnaban mejor la protesta contra las reformas neoliberales y, por consiguiente, la alternancia, como atestiguaba el malestar del FN frente a la multiplicación de los movimientos sociales.

En abril de 2015, el diputado Éric Ciotti, cercano a Sarkozy, sostuvo que “el programa económico de Marine Le Pen es exactamente igual al de Mélenchon y Besancenot”, dirigente este último del Nuevo Partido Anticapitalista. Desde luego, “exactamente igual” no es. Pero los votantes de la derecha y la extrema derecha, cercanos en cuestiones como el islam o la inmigración, cada vez se apartan más en sus respectivas valoraciones sobre el regreso de la jubilación a los 60 años, la supresión del impuesto sobre el patrimonio, una reforma “en profundidad” del sistema capitalista o una “justicia social que toma a los ricos para dar a los pobres”. En cada uno de estos expedientes, los militantes del Frente Nacional que apoyan las reformas exigidas por los partidos a la izquierda de la izquierda y los sindicatos son cerca del doble, en comparación con los de la derecha tradicional (4). Una alianza de las derechas parece imposible; cosa que, por lo demás, Marine Le Pen no desea.

Ahora bien, cuando de lo que se trata es de movilizarse contra las políticas neoliberales puestas en práctica por Gobiernos conservadores –pero también socialistas–, el FN-RN brilla por su ausencia. Verdad es que los sindicatos le repelen, pero es que, además, su causa incomoda a la extrema derecha en la medida en que reúne a “franceses” e inmigrantes, relegando a un segundo plano las brechas identitarias que constituyen su capital comercial.

Ya se trate del gran movimiento social de noviembre y diciembre de 1995 –en parte victorioso–, de la reforma laboral de 2016, del movimiento de los chalecos amarillos en 2018 o de una nueva reforma de las pensiones al año siguiente, el FN-RN no se siente en su elemento. Le resulta imposible luchar contra unas protestas a las que se muestra favorable una parte importante de su electorado, contrariamente al de la derecha. Pero, además de su aversión histórica a los movimientos huelguistas impulsados por unos sindicatos a los que juzga “corporativistas” en la

medida en que se inclinan hacia la izquierda, debe permanecer asociado al partido del orden en lo tocante a los posibles desbordamientos de los manifestantes frente a la policía. Para resolver esta contradicción, afirma que las políticas sociales neoliberales que él también combate son producto de los tratados europeos que algunos sindicatos y militantes de izquierda han apoyado, así como los sucesivos Gobiernos que han elegido para poner freno a la extrema derecha (2002, 2017, 2022). El hecho de que, desde 1992, Mitterrand y Chirac hubieran batido el campo en favor del Tratado de Maastricht, tal y como, trece años después, Sarkozy y Hollande darían su respaldo al tratado constitucional europeo, parecía confirmar esta valoración: entre 1981 y 2017 se sucedieron cuatro presidentes de la República y, pese a ser dos de derecha y dos de izquierda, todos mantuvieron la misma postura en cuanto a Europa, por más que esta decidiera sobre un creciente número de parámetros económicos y sociales. Al acuñar el neologismo “UMPS” –resultado de añadir las siglas del Partido Socialista (PS) al del principal partido de derechas (UMP)– el FN-RN venía a señalar la asociación de ambos en la misma mayoría en el Parlamento Europeo, subrayando así la singularidad del partido de extrema derecha sin hacer demasiada ofensa a la verdad.

Misma adhesión a los tratados europeos, misma mayoría en Bruselas y mismo combate contra la extrema derecha en el seno de un “frente republicano” con motivo de las grandes citas electorales: ¿Acaso es de extrañar que el FN-RN aparezca como la gran fuerza de alternancia, y el “voto de contención” como una coalición del statu quo al servicio del gremio de los que siempre acaban ganando? Por no hablar de que dicha estrategia, comprensible cuando de lo que se trata es de cerrarle el camino hacia el poder a una formación extraparlamentaria y fascistoide –como en el caso de la creación del Frente Popular en 1936–, parecía cada vez menos convincente conforme pasaba el tiempo. Por un lado, porque la extrema derecha se banalizaba, limaba sus declaraciones y hasta se declaraba filosemita; y, por otro, porque los partidos coaligados en su contra no dejaban de plagiar elementos clave de su programa. El 16 de noviembre de 2016, François Hollande declaró ante una reunión de las dos cámaras del Parlamento: “Debemos poder privar de su nacionalidad francesa a un individuo condenado por un atentado contra los intereses fundamentales de la nación o un acto de terrorismo, incluso aunque haya nacido francés. He dicho bien: aunque sea francés de nacimiento, dado que se beneficia de otra nacionalidad”. Marine Le Pen

se congratuló enseguida de que un presidente socialista hiciera la anterior distinción entre ciudadanos franceses en función de su origen: “El FN tiene un programa realista y serio que hasta es fuente de inspiración para Hollande”. Con Macron, a la extrema derecha le va como miel sobre hojuelas: una policía desbocada, manifestaciones prohibidas, una ley de inmigración, otra contra el “separatismo”, y uso de términos como “asalvajamiento”, “descivilización” o “inmigracionismo”. Esta vez, fue el diputado de RN Jean-Philippe Tanguy a quien le tocó regocijarse: “El hecho de confirmar nuestras tesis hace que nuestro ascenso al poder sea posible, y probable, y deseable a los ojos de los franceses. El original siempre triunfa sobre la copia mala, e incluso la copia excesiva, si es que hablamos de [el ministro del Interior] Darmanin”, el cual había considerado a Marine Le Pen “demasiado blanda” frente al islamismo.

El 11 de septiembre de 2001, la cuestión del terrorismo y el islam radical se instaló de forma duradera en el centro del debate en Francia. En las décadas precedentes, este asunto había ocupado un lugar periférico, y la extrema derecha prefería combatir el supuesto vínculo entre inmigración y desempleo: “Tres millones de parados, tres millones de inmigrantes de más”. Los atentados de Al Qaeda inauguraron una era de inestabilidad internacional generadora de un considerable aumento de los movimientos migratorios, algo de lo que la extrema derecha sabría aprovecharse. En 1980, el número de desplazados en el mundo sumaba 6,4 millones de personas. En 1990, ya eran 17,3 millones. En 2001, eran 19,1 millones, y 41 millones en 2013. A finales de abril de 2024, su número alcanzaba los 120 millones de personas. Los incesantes debates sobre el velo y el burka invadieron progresivamente la actualidad mediática, sobre todo tras los mortales atentados contra una escuela judía, contra la redacción de la revista *Charlie Hebdo* y la sala Bataclan, los ataques de Niza, el asesinato de Samuel Paty, etc. Durante este periodo, el Frente Nacional ajustó su discurso a una corriente intelectual que, desde los Países Bajos hasta Italia, presenta al islam como un enemigo mortal de la civilización europea. Las cadenas de información continua contribuyeron a ello. Lo que permitió al FN-RN combatir la inmigración procedente del sur ya no arguyendo prejuicios racistas –desdiabolización obliga–, sino la defensa de las libertades y de la “convivencia” –igualdad entre hombres y mujeres, derechos de gays y lesbianas, libertad de expresión y de caricatura, etc.– supuestamente amenazadas por el “separatismo” musulmán en los “territorios perdidos

de la República”. La convergencia entre esta ideología y la “laicidad” instituida a modo de nueva religión secular tras las masacres de *Charlie Hebdo* ha ofrecido al discurso de la extrema derecha una especie de barniz republicano.

La hegemonía ideológica, sin embargo, seguía sin traducirse en posiciones de poder. El terremoto que supuso la crisis de 2008 y sus réplicas sociales tendrían el mismo efecto político. Mientras que, en los años 1980, las repercusiones de la crisis del petróleo habían barrido las grandes fábricas de las áreas metropolitanas, en esta ocasión la debacle diezmó las instalaciones modestas de zonas rurales y de pequeñas ciudades, de los sectores de la madera, los equipos de transporte, el agroalimentario, el farmacéutico... Decenas de miles de trabajadores perdieron su empleo en territorios que no rebosan precisamente de oportunidades laborales a menos que uno se aleje de su domicilio, engrosando los gastos del coche. El Estado, dispuesto como estaba a rescatar los bancos, las aseguradoras y los promotores inmobiliarios, dejó que se desintegrara ese tejido manufacturero que hasta entonces se había resistido a las deslocalizaciones. La fosa entre los grandes centros urbanos –que no tardaron en recuperarse– y el resto del país se ensanchó.

A ello le siguió un sentimiento de abandono acentuado por la austeridad impuesta por Bruselas y defendida por París. En unos cuantos años, escuelas, estaciones de tren, juzgados, maternidades, servicios de urgencias y oficinas tributarias cerraron por centenares en las grandes ciudades, pero, sobre todo, en las ciudades pequeñas y en los pueblos: entre 2011 y 2016, la mitad de las oficinas de correos de Sarthe bajaron la persiana. El Estado desaparecía del paisaje. El Frente Nacional pudo entonces poner en práctica sin dificultades su estrategia de hacer que los pobres compitan entre sí: el dinero público no beneficia a quienes se lo merecen, sino a los extranjeros que se aprovechan de nuestras protecciones sociales, a los suburbios que se niegan a someterse a las leyes de la República... Como explica la historiadora Valérie Igounet, a finales de 2014, “Thierry Lepaon, por entonces secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT), se encontraba en una sesión del Comité Confederal del sindicato. Leyó en voz alta un folleto cuyas grandes líneas eran, entre otras, la necesidad del proteccionismo y la defensa de los servicios públicos por parte de un Estado estratega que recuperase una soberanía “malvendida” a Bruselas. La lectura recabó el

asentimiento generalizado de sus camaradas. Y entonces dijo: ‘Solo hay un problema. Este folleto ha sido redactado por gente del Frente Nacional. Así que, ¿qué hacemos ahora?’” (5).

Inspirado por las ideas del geógrafo Christophe Guilluy sobre la “Francia periférica” y por los estudios del analista social Jérôme Fourquet, este posicionamiento de defensor de los excluidos de la globalización, despreciados por las clases altas, resulta tanto más eficaz por basarse en una apreciación acertada. De hecho, las élites urbanas a menudo se limitan a considerar la Francia rural como un lugar donde pasar las vacaciones, ignorando lo que preocupa a la misma. Ahora bien, dada la creciente gravedad de las consideraciones medioambientales, esta se está transformando. Durante mucho tiempo elevado a la categoría de ideal –por oposición al urbanita alienado por la rueda metro-curro-piltra–, el modelo de pequeño propietario de una residencia unifamiliar se ve transformado en antimodelo a la luz de la urgencia climática. El futuro pertenece al ciudadano ecorresponsable, que se desplaza en bicicleta, come verdura bio, favorece el comercio de proximidad y... erige su onerosa virtud en imperativo moral. Esta nueva modernidad progresista que la austeridad limita a las grandes ciudades reduce a sectores enteros de las clases populares a la obsolescencia o al desprecio. Solo les faltaba votar mal... El Frente Nacional supo cómo dirigirse a este mundo rural para extender una implantación, que, durante dos décadas, se había concentrado en sus bastiones del sudeste y el nordeste del país. La indiferencia de Macron frente al mundo rural, su desprecio por “gentes que no son nada”, sus grandes reformas contra las pensiones, el subsidio de desempleo, el Estatuto de los Trabajadores, sin olvidar el impuesto sobre el carburante, provocaron, primero, un levantamiento político y popular contra la pauperización de la Francia rural: el movimiento de los chalecos amarillos –que, inédito por su composición social y su modo de actuar, se topó con la hostilidad de los medios de comunicación, los recelos de la izquierda y la represión del Gobierno–. Y, más adelante, suscitaron la recuperación de la extrema derecha: “Estoy aquí para hablaros en nombre de una Francia que se siente humillada porque le han dicho: ‘no sois nada, sois nadie’ –se exaltó Marine Le Pen en declaraciones a la radio Europe 1, el 29 de noviembre de 2018–. Ya basta. La clase política de nuestro país lleva años ocupándose prioritariamente, cuando no exclusivamente, de todas las minorías posibles e imaginables. Nosotros somos la mayoría y merecemos consideración y respeto”.

¿“Nosotros”? El electorado popular del que habla Marine Le Pen ha elegido la abstención con tanta frecuencia como el voto. Aunque una parte de este dé sus papeletas a la extrema derecha, lo hace también para poner freno a una globalización que ha arrasado el mundo de los trabajadores, los asalariados, la clase media baja. Una apuesta a buen seguro perdedora, ya que, a medida que contamina a la derecha y el centro con sus obsesiones sobre la seguridad y la inmigración, el partido de Le Pen completa su normalización económica, especialmente a propósito de la cuestión europea. Por esa razón, su ascenso al poder aportaría a ese electorado suyo “de humildes, de sin estudios, de excluidos, de mineros, de obreros del sector metalúrgico, de trabajadoras y trabajadores cualificados, de agricultores abocados a una jubilación miserable” –tal y como lo describió Jean-Marie Le Pen el 21 de abril de 2002– las medidas xenófobas a las cuales algunos de ellos tal vez aspiren. Pero esas medidas no harán nada por invertir la dinámica que los ha hecho pedazos. Una izquierda que lo intentara carecería, pues, de rivales; solo tendría ante sí un camino sembrado de trampas a evitar y una página en blanco por escribir. ¿Es esa la apuesta ganadora? En la actualidad, es la única que queda.

- (1) Véase “El Frente Nacional bloquea el orden social en Francia”, *Le Monde diplomatique en español*, enero de 2016.
- (2) Dossier especial “Por qué pierde la izquierda”, *Le Monde diplomatique en español*, enero de 2022.
- (3) Citado por Emmanuelle Reungoat, “Le Front national et l’Union européenne”, en Sylvain Crépon, Alexandre Dézé y Nonna Mayer, *Les faux-semblants du Front national*, Presses de Science Po, París, 2015.
- (4) *Le Figaro*, París, 8 de abril de 2015.
- (5) Valérie Igounet, “La conversion sociale du FN, mythe ou réalité?”, *Projet*, n.º 354, París, octubre de 2016.

Benoît Bréville, Pierre Rimbart y Serge Halimi

Respectivamente: director de *Le Monde diplomatique* y consejero editorial del director de la publicación. Director de *Le Monde diplomatique* entre 2008 y 2023.

Banalización

julio de 2024



AARON JOHNSON. – *Rain* ('Lluvia'), 2021

“Los políticos, los periodistas y los politólogos hablan un lenguaje que no dista mucho del mío, si es que no lo mimetizan o hasta lo superan. Me he normalizado, ya que todo el mundo habla como yo”.

Jean-Marie Le Pen, France Inter, 16 de abril de 2002

“Lejos de romper con la Unión Europea y las democracias occidentales, la Italia de [Giorgia] Meloni se presenta como uno de sus pilares. [...] Ha tomado distancias con la democracia antiliberal de Viktor Orbán y la dictadura de Vladímir Putin.

Se ha comportado como un aliado ejemplar de Estados Unidos y de la OTAN en la guerra de Ucrania y se plantea retirarse del acuerdo con China

sobre las Nuevas Rutas de la Seda, firmado en 2019, que convertía a Italia en un caballo de Troya para las inversiones de Pekín en la Unión”.

Nicolas Baverez, *Le Figaro*, 22 de mayo de 2023

“Hay muchos ámbitos en los que el Frente Nacional copia las propuestas de la UMP [Unión por un Movimiento Popular]. [...] La clave del nuevo proyecto en el que está trabajando la UMP es decir, más allá de lo que hayan hecho o dejado de hacer la derecha y la izquierda durante treinta años: la nueva situación exige un proyecto en el que, sobre esta cuestión migratoria, escribamos una nueva política de inmigración. [...] El hecho de que los inmigrantes ilegales no paguen nada por la atención médica que se les da es incomprensible. Así es, lo digo alto y claro”.

Jean-François Copé, *France Inter*, 21 de octubre de 2013

“En lugar de intentar excluir por completo a los partidos de extrema derecha del Gobierno y del debate público, la mejor respuesta consiste, para los partidos tradicionales, en establecer el diálogo y, dado el caso, en llegar a acuerdos con ellos. Asumir responsabilidades de gobierno podría llevarlos por la senda de la moderación”.

“Los Demócratas de Suecia, partido antiinmigración, no han hecho nada tremendo desde que dieron su apoyo al bloque gobernante en Estocolmo. Y, en términos generales, la señora Meloni muestra resultados alentadores: la llamada extrema derecha en Europa puede, una vez en el poder, comportarse como conservadores comunes y corrientes”.

The Economist, 16 de septiembre de 2023 y 27 de enero de 2024

“Ahora que los líderes centristas están descubriendo que no pueden vencer a los márgenes políticos, les queda la opción de unirse a Geert Wilders en la contienda por aportar soluciones a los problemas que importan a los votantes”.

The Wall Street Journal, editorial del 24 de noviembre de 2023 tras la victoria de la extrema derecha en los Países Bajos

“Hay una cosa, desde luego, que no acabo de entender. ¿Qué me obligaría, qué os obligaría a elegir entre RN y LFI? (...) Rechazo tener que optar a la fuerza entre dos extremismos gemelos e igualmente ruinosos para mi país”.

Bernard-Henri Lévy, *Le Point*, 20 de junio de 2024

“La señora Le Pen tiene un programa comunista”.

Gérald Darmanin, ministro de Interior, LCI, 23 de junio de 2024

“La solución que se nos propone parece una terapia de suicidio colectivo o, si así lo prefieren, una manicura previa a la amputación. Luchar contra el partido de la preferencia nacional, del derecho de sangre, de Frédéric Chatillon, de [Thierry] Mariani y sus amistades bacharistas uniendo fuerzas con el partido de la preferencia antisemita y de los derechos de Hamás no me parece... razonable”.

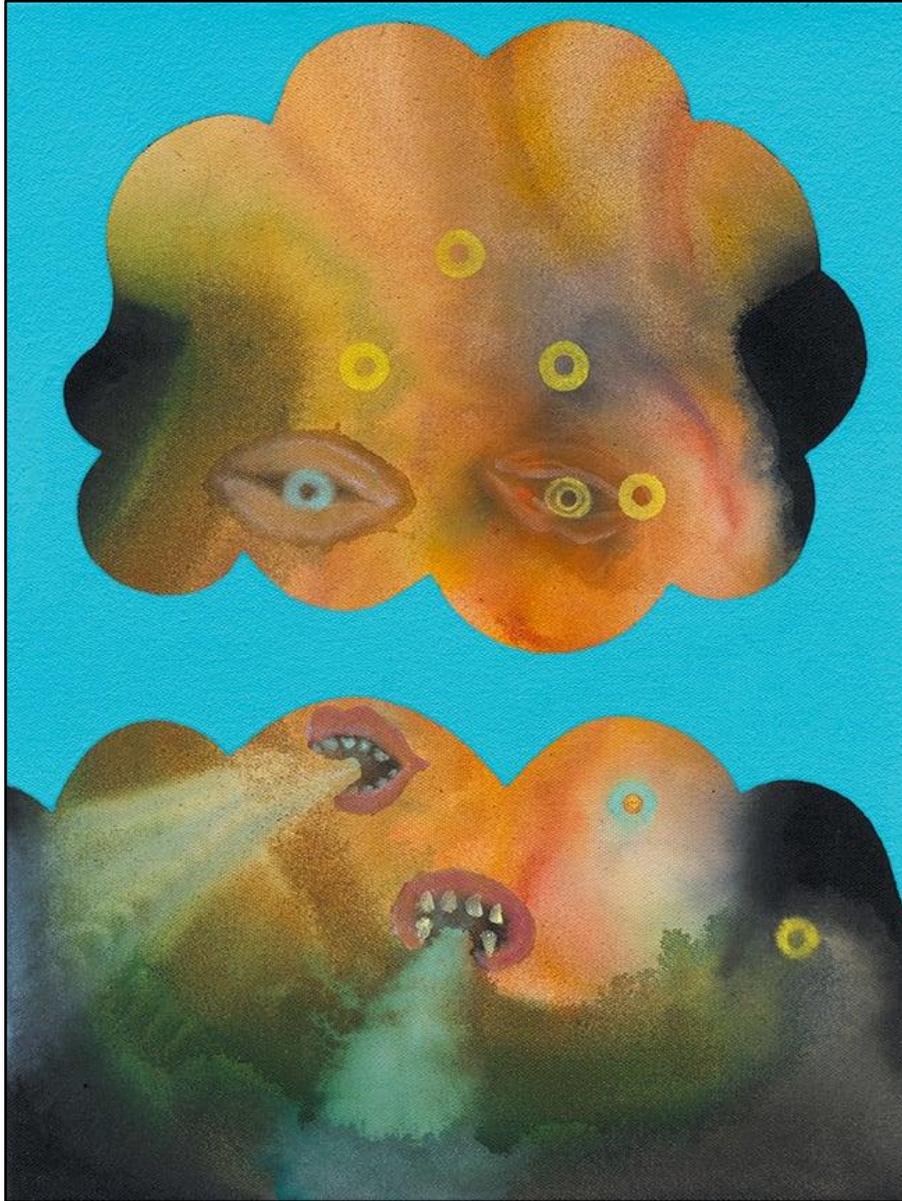
Sophia Aram, humorista, France Inter, 17 de junio de 2024

“La extrema izquierda y la extrema derecha son tan dañinas desde el punto de vista económico como desde el punto de vista de los valores. Ambas son proyectos izquierdistas de inspiración marxista”.

Bruno Le Maire, ministro francés de Economía, France Info, 24 de junio de 2024

El pueblo vota mal

julio de 2024



AARON JOHNSON. – *Weatherman* ('El hombre del tiempo'), 2020

Antes de la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2002:

“Por desgracia, no siempre podemos esperar que el grupo más desfavorecido participe serenamente en una democracia parlamentaria. No es que no le interese la historia, es que, cuando irrumpen en ella, a veces lo hace con

violencia”.

Dominique Strauss-Kahn, *La Flamme et la Cendre*, Grasset, París, 2002

Tras las elecciones presidenciales de 2002:

“La culpa la tienen los electores que, alegres y despreocupados, acudieron a las urnas con los ojos vendados”.

Sylviane Agacinski, filósofa, *Journal interrompu. 24 janvier - 25 mai 2002*, Seuil, 2002

21

Tras la victoria del “no” en el referéndum sobre el Tratado Constitucional Europeo del 29 de mayo de 2005:

“Un desastre general y una epidemia de populismo que se lo llevan todo por delante”.

Serge July, *Libération*, 30 de mayo de 2005

“Denunciar las deslocalizaciones y los bajos salarios en los nuevos Estados miembros no es más que una regurgitación populista del viejo proteccionismo que dormita en el fondo de todos y cada uno de nosotros”.

Charles Wyplosz, economista, *Le Monde*, 23 de abril de 2005

“¿Qué fue lo que ocurrió el 29 de mayo? Precisamente, la conjunción del populismo de izquierdas con el populismo de derechas”.

Jacques Julliard, *Nouvelobs.com*, 30 de junio de 2005

Tras el voto británico a favor del brexit el 23 de junio de 2015, especialmente acusado entre las personas de más edad:

“El derecho de voto es como el carné de conducir: francamente, a partir de cierta edad, habría que retirarlo”.

Tuit de Héléne Bekmezian, periodista, el 24 de junio de 2016

“Este ‘brexit’ es la victoria (...) del soberanismo más rancio y del nacionalismo más necio. Es la victoria de una Inglaterra casposa sobre una Inglaterra abierta al mundo y a la escucha de su glorioso pasado”.

Bernard-Henri Lévy, *Le Monde*, 25 de junio de 2016

“Este referéndum no es la victoria del pueblo sobre las élites, sino la de la gente con poca formación sobre los que sí la tienen”.

Alain Minc, entrevista en *Le Figaro*, 29 de junio de 2016

Sobre la decisión del primer ministro griego Alexis Tsipras de convocar un referéndum sobre el plan de austeridad europeo:

“Esto es actuar por las bravas, es una actitud que no está en línea con lo que solemos ver en Europa, o incluso en las naciones occidentales, que tienen por costumbre cooperar con sus socios”.

Jean-Dominique Giuliani, presidente de la Fundación Robert Schuman, France 5, 6 de julio de 2015

Sobre el resultado de la consulta:

“Al responder masivamente ‘no’ a la pregunta tendenciosa que les planteó un Gobierno manipulador, los griegos han dado ostensiblemente la espalda a lo que Europa les ofrecía: nuevas ayudas a cambio de reformas”.

Nicolas Barré, *Les Échos*, 6 de julio de 2015

Tras la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en enero de 2016:

“Se puede meter a la mitad de los partidarios de Trump en lo que yo llamo la cesta de los deplorables. ¿No es así? Racistas, sexistas, homófobos, xenófobos, islamófobos y muchas cosas más”.

Hillary Clinton, Nueva York, 9 de septiembre de 2016

Los influencers de la ‘machosfera’

Es un grupo difuso: *influencers* y creadores de contenidos audiovisuales comprometidos con la defensa de una identidad masculina a la que consideran amenazada. A menudo vinculados a la extrema derecha, sus principales figuras acuden al rescate del patriarcado, valientes soldados en una guerra feroz y a veces cínica dedicada por entero a la causa de los hombres.

23

por Anne Jourdain, julio de 2024



AARON JOHNSON. – *Ornithology* ('Ornitología'), 2022

Julien Rochedy no pudo ocultar su alegría al enterarse de que Éric Ciotti se había unido a Reagrupamiento Nacional (RN): “Mi sueño político desde hace más de diez años”, se entusiasmó en su cuenta de X (137.000 seguidores). Este apuesto treintañero, director del Frente Nacional de la Juventud (las juventudes del Frente Nacional) a principios de la década de 2010, dejó el partido de extrema derecha en 2014, concretamente para protestar por la presencia de “hombrecillos alrededor de Florian Philippot [el entonces vicepresidente del partido]. [...] Jóvenes que,

desde mi punto de vista, no son hombres”. Más tarde, Rochedy trató de poner en pie École Major, un proyecto destinado a brindar formación sobre masculinidad y seducción y que quedó en agua de borrajas pese a su formulación original (“valor”, “espíritu de conquista”, “voluntad de poder”). En la actualidad ha emprendido una carrera de productor de contenidos audiovisuales para internet y publica libros en Éditions Hétairie: *L’Amour et la guerre. Répondre aux féministes* (‘El amor y la guerra: respondiendo a las feministas’, 2021), *Veni vidi vici. Menaces sur les gauchistes* (‘Veni, vidi, vici. Amenazas a los izquierdistas’, 2021, con Papacito), *Surhommes et sous-hommes. Valeur et destin de l’homme* (‘Superhombres y subhombres. Valor y destino del hombre’, 2023)... Es obvio que el ensayista tiene sus ideas fijas: quiere devolverle “a la masculinidad el ideal de una virilidad sana y aristocrática, la del ‘hombre total’ europeo, desde el griego al gentilhomme”.

Junto con Papacito, Baptiste Marchais, Valek o Stéphane Edouard, Julien Rochedy encarna la flor y nata de la esfera masculinista (la “machosfera”) francesa, que delira con un mundo regido por mujeres en el que la masculinidad está supuestamente amenazada y en cuyo discurso se mezcla la homofobia, la misoginia y, a menudo, la xenofobia y un anhelo de autoritarismo. Ideas que cada vez comparte más gente, como afirma la antropóloga Mélanie Gourarier, que lleva varios años realizando encuestas entre grupos de “seductores”: “Este discurso se desarrolla desde hace ya tres [...] décadas tanto en Francia, como, más ampliamente, en Europa y en Norteamérica, y se articula en torno a una defensa de los padres, los hombres y lo masculino en general. Aunque en apariencia no están relacionadas entre sí, estas narrativas victimistas proceden, sin embargo, de la misma ideología masculinista basada en la apología de la ‘causa de los hombres’”. Se trata de una reacción “frente a las luchas feministas” y a “varias décadas de opresión misándrica” (1).

Algunos “seductores” –los *pickup artists*, ‘artistas del ligue’– han visto en ello su oportunidad. A cambio de una remuneración, asesoran a sus congéneres, paralizados por las nuevas reglas del mercado sexual. A la vez estetas y cazadores, pasma su habilidad para “llevarse de calle” a individuos de género femenino. No dudan en poner en práctica todo género de manipulaciones para “levantarse” a mujeres y meterlas en sus camas, y se intercambian trucos para que caiga “la resistencia de último minuto”, la que puede llevar a que su presa se largue pitando.

Los *incels* (2), por su parte, se resignan al celibato y detestan a las mujeres que les privan de unas relaciones sexuales a las cuales creen tener derecho. Divulgan sus siniestras ideas en los foros de internet. Los más radicalizados cometen atentados y luego se suicidan, como Elliot Rogers (seis víctimas mortales en 2014) o Scott Beierle (dos en 2018) en Estados Unidos, o bien como Jake Davison en el Reino Unido (cinco víctimas mortales en 2021). Para evitar ese riesgo, los MGTOW (*men going their own way*, ‘hombres que siguen su propio camino’) prefieren mantener las distancias: consideran que, en los tiempos que corren, mantener relaciones con mujeres constituye un peligro. ¿Cuántas carreras han acabado rotas después de que una “feminazi” protestara por un comportamiento inapropiado? Además, la justicia, toda ella entregada a su misandria, resuelve sistemáticamente en favor de las mujeres en caso de divorcio, y priva a los hombres de sus hijos, condenándoles al mismo tiempo a pagar ruinosas pensiones alimentarias.

En 1968, siguiendo el modelo de los grupos feministas de concienciación, había hombres que se reunían para debatir sobre el patriarcado y sus fechorías. Pero “la iniciativa de crear grupos de hombres –explica Francis Dupuis-Déri– abrió el camino al desarrollo de la ideología masculinista y a una resaca antifeminista. Hay que decir que la separación de sexos no tiene la misma significación política ni los mismos efectos para las clases dominantes que para las subordinadas” (3). Tras observar la recurrencia de las “crisis de la masculinidad” en épocas y sociedades tan alejadas entre sí como la antigua Roma, la Alemania nazi o la India de hoy en día, este politólogo no puede evitar burlarse: “Los hombres no están en crisis; crean crisis”. “La recurrencia histórica del tema de la ‘crisis’ o del ‘malestar’ de la masculinidad subraya, en efecto, el papel de este motivo como instrumento de resistencia frente a la evolución de las relaciones entre los géneros”, escribe Mélanie Gourarier. Esta retórica alarmista es tanto un indicador como un estandarte, la causa común de un contramovimiento social que, gracias a internet y las redes sociales, acaba encarnándose en las figuras de la “machosfera”.

En Francia, el masculinismo en internet contribuye a la batalla cultural de la extrema derecha. Eminentes figuras de mayor edad han abierto camino a la joven guardia. Antes de reeditar *La Francia judía*, de Édouard Drumont, Alain Soral se había alarmado en sus libros por la

suerte de los hombres (4) y en 2001 rodó *Confession d'un dragueur* ('Confesión de un ligón'), una película a la que, en su momento, *Les Cahiers du cinéma* no dejó de verle cierto mérito. Por su parte, Éric Zemmour vinculó de manera precoz el destino de Francia a la defensa de la virilidad. En *El primer sexo* (existe traducción española, editada por Homo Legens, 2019) se nos informa de que "todo ha sucedido como si los hombres franceses y europeos, tras haber dejado su falo en tierra, sin poder o querer ya fecundar a sus mujeres, que se han vuelto desobedientes, hubieran pedido auxilio a sus antiguos 'servidores', a quienes habían emancipado". *L'Express* (23 de febrero de 2006) señaló entonces que "dado el conformismo que reina en el ambiente, un poco de insolencia no hace daño".

Anne-Thaïs du Tertre d'Escoeuftant –más conocida como Thaïs d'Escufon– se cuenta entre los más señalados de los influencers masculinistas franceses. Tras pasar brevemente por Action Française y haber sido portavoz de Génération Identitaire (dos movimientos franceses de extrema derecha), en la actualidad guerra en internet contra "la sociedad moderna, que ha vuelto miserable al hombre y ha dejado sin principios a la mujer" (5). Esta comprometida activista, experta de nuevo cuño en materia de relaciones entre hombres y mujeres, acude sin tardanza en auxilio de los hombres blancos. Y, ya puestos, cuadruplica el número de sus seguidores.

Convencida de que "las feministas lo han destruido todo", Thaïs d'Escufon no desdeña ninguna plataforma: ya sea en X, YouTube, TikTok o Telegram, se abalanza sobre las mujeres "díscolas" y advierte: "Un hombre con un futuro brillante merece una mujer de pasado puro". El "hombre medio" es un mimado, y gracias a ella aprende a sortear las trampas de las *tchoins* –'chicas fáciles', en el argot de Costa de Marfil– para encontrar "una mujer de gran valor" con la que fundar un hogar. También ordena a sus 64.900 seguidores en X: "Si una mujer te quiere de verdad y tú la tratas correctamente, cocinará para ti, se acostará contigo, te apoyará en tus proyectos, te dará hijos, hará la limpieza, te obedecerá y te respetará. Ese es el mínimo exigible. Si no, lárgate".

El algoritmo de TikTok no se cuida de sutilezas: el modelo económico de la red social preferido de la franja de edad de entre 15 y 24 años anima la difusión de contenidos excesivos. El último informe del Alto Consejo para la Igualdad entre Mujeres y Hombres sobre la situación del sexismo

en Francia no invita al optimismo: “Los reflejos masculinistas y las conductas machistas están echando raíces, en especial entre los jóvenes adultos varones, mientras que la asignación de las mujeres al ámbito doméstico y al papel de madres vuelve a ganar terreno” (6). Lo que no está claro es que Thaïs d’Escufion deba llevarse todo el mérito.

El 26 de mayo de 2024, Thibaud Delapart, alias *Tibo Inshape* (20 millones de suscriptores), se convirtió en el youtuber francés más seguido. Entre dos sesiones de abdominales, participa en la promoción del Servicio Nacional Universal (SNU, un servicio civil voluntario implantado en 2019 y dirigido a adolescentes) en un vídeo remunerado por el Gobierno o graba un videoblog con gendarmes en el que se indigna por la inseguridad. Por más que encarne cierta forma de virilidad, este “creador de contenidos de *fitness*” tiene sus sentimientos, como todo el mundo. En 2017 organizó la “elección de Miss InShape” para encontrar compañera: “¿Eres una pequeña [*sic*] y has cumplido los 18? ¡Haz un vídeo presentándote y explicando por qué debes ser la nueva señora InShape, y los suscriptores votarán para elegir a la mejor candidata!”. Recientemente departió sobre “temas íntimos” con la sexóloga Thérèse Hargot. “¿Cómo durar más tiempo en la cama?”, pregunta él. El sexo es un “trabajo de equipo –responde la sexóloga–. Las mujeres son responsables de su sexualidad. [...] No por el hecho de ser quien recibe se ha de ser pasivo. Es como cuando tienes invitados en casa [...]: eres tú quien decide lo que les vas a servir de aperitivo y cuándo sacas el postre”. Banalizados por los *influencers*, los contenidos masculinistas proliferan por internet en la actualidad –especialmente en foros como Reddit o jeuxvideo.com–, favorecidos por el anonimato que brindan los seudónimos. “Las redes sociales usadas por el gran público, como Twitter, Facebook, Instagram, TikTok o Snapchat se han convertido en plataformas de promoción de estas ideas masculinistas –sostiene un informe del Instituto del Género en la Geopolítica (IGG)–. Una situación que resulta tanto más preocupante por cuanto la mayoría de los usuarios son jóvenes y las redes sociales forman parte integrante de su construcción social” (7).

La socióloga australiana Raewyn Connell ya en 1995 dejaba constancia de hasta qué punto la dominación masculina debe contemporizar con el cuestionamiento de su legitimidad. En su opinión, “la masculinidad hegemónica encarna una estrategia de ‘aceptada en un momento dado’. Cuando las condiciones de la defensa del patriarcado cambian, los

fundamentos de la dominación de una masculinidad particular se erosionan” (8).

Esta masculinidad hegemónica constantemente renegociada permite que la dominación masculina se reinvente a la vez que se perpetúa. En este sentido, Mélanie Gourarier señala cómo “el nuevo mandato de la afirmación de una sensibilidad y una emotividad que se suponen propiamente masculinas no debe ser pensado como un debilitamiento de lo masculino”. Antes, al contrario, participa “en la elaboración de una nueva normatividad masculina a expensas de los hombres que no están en condiciones de hacerla propia, en ausencia de las predisposiciones necesarias. No basta con ser un hombre para disfrutar del poder que procura este estatus; hay que serlo, además, del modo ‘correcto’”.

28

Ahora bien, el espíritu de nuestros tiempos se caracteriza por el cuestionamiento de las violencias sexistas y sexuales y la puesta en tela de juicio de las asignaciones de género. Los emprendedores de la red no pueden ignorarlo. La comunidad de Benjamin Nevert –“un tío ‘deconstruido’, uno de verdad”, como certifica *Le Monde* (10 de octubre de 2021)– cuenta con más de 560.000 seguidores de su canal de YouTube. El autor de *Je ne suis pas viril* (‘No soy viril’, First, 2021) da cuenta regularmente de las dificultades de los hombres y las exigencias que pesan sobre ellos. En su emisión *Entre mecs* (‘Entre tíos’), sus invitados pueden hablar de las dificultades que tienen para decir “Te quiero” y discuten de los más variados temas, como “el ligue”, “el sexo”, “la ruptura amorosa” o “la picha”.

“Hoy, soy claramente un hombre feminista”, declara “Ben” Nevert. De ello da fe la película de un “realismo sensible, humano y conmovedor” que realizó en 2022 para Dorcel, el líder francés de la industria pornográfica –algunos de cuyos colaboradores han sido acusados de “violación”, “proxenetismo con agravantes” y “trata de seres humanos”–, que ha podido añadir a su catálogo la obra del *influencer*: *Vrai couple, vraie baise* (‘Pareja de verdad, polvo de verdad’). El patriarcado se ha llevado un duro golpe.

(1) Mélanie Gourarier, *Alpha Mâle. Séduire les femmes pour s’apprécier entre hommes*, Seuil, París, 2017.

(2) Contracción de *involuntary celibate*, ‘celibato involuntario’.

- (3) Francis Dupuis-Déri, *La crise de la masculinité. Autopsie d'un mythe tenace*, Éditions du remue-ménage, Montreal, 2018.
- (4) Por ejemplo, Alain Soral, *Sociologie du dragueur*, Éds. Blanche, París, 1996.
- (5) “Les femmes modernes ont tout détruit!”, entrevista concedida a *Livre Noir* el 12 de noviembre de 2023. www.droite.tv
- (6) “Rapport annuel 2024 sur l'état des lieux du sexisme en France. S'attaquer aux racines du sexisme”, n.º 2024-01-22-STER-61, 22 de enero de 2024, www.haut-conseil-egalite.gouv.fr
- (7) “Contre les discours masculinistes en ligne”, Institut du Genre en Géopolitique, 16 de octubre de 2023, <https://igg-geo.org>
- (8) Raewyn Connell (dir.), *Masculinités. Enjeux sociaux de l'hégémonie*, Éds. Amsterdam, París, 2022.

Anne Jourdain
Profesora de secundaria.

A los ojos del mundo

por Grégory Rzepski, julio de 2024



AARON JOHNSON. – *Dances With Wolves* ('Bailando con lobos'), 2019

El anuncio de la disolución de la Asamblea Nacional francesa el pasado 9 de junio refuerza la sensación de que Emmanuel Macron es un jefe del Estado de decisiones impulsivas, erráticas y a menudo desastrosas. En materia de política exterior, los antojos del presidente francés dejan

tanto a adversarios como a aliados con serias dudas sobre la seriedad y la estabilidad de la diplomacia francesa (1). Porque Macron ha volado a todas las regiones del mundo, sentando cátedra o proponiendo planes chapuceros. Con un resultado tendente a cero.

¿África? “No hay tema”

“Las *kwassa-kwassa* no pescan mucho, lo que traen a bordo viene de las Comoras”. El 1 de junio de 2017, las embarcaciones de migrantes hacia Mayotte inspiraron una broma a Macron. El revuelo causado no le impidió volver a las andadas seis meses después en una conferencia en la Universidad de Uagadugú junto a Roch Marc Christian Kaboré. Aprovechando un momento en que el presidente de Burkina Faso tuvo que ausentarse, el mandatario francés se dedicó a chancear con los asistentes. “¡Ha ido a arreglar el aire acondicionado!”. A una estudiante que le preguntó durante la misma conferencia sobre los ejércitos franceses en la región, Macron respondió, esta vez en tono serio: “No me hable de esa manera” y luego, con aire marcial: “A los soldados franceses solo les debe usted una cosa: un aplauso”.

Desde aquel momento, los soldados de marras han abandonado Burkina Faso, así como Malí y Níger. Y Macron sigue un rumbo indescifrable. Transcurrido apenas un año desde que condenó la asonada militar contra el presidente maliense Ibrahim Boubacar Keita en agosto de 2020, se precipitó a Yamena para bendecir a Mahamat Idriss Déby Itno –autor de un golpe de Estado en Chad tras la muerte de su padre en abril de 2021–, dando así pábulo a sospechas de doble rasero. A continuación, pese al fracaso en Malí y a la destitución de Kaboré en enero de 2022, Macron se empeñó en ir al choque contra un enemigo escurridizo en el Sahel, contribuyendo a la desestabilización de Níger y al derrocamiento del presidente Mohamed Bazoum en julio de 2023.

El pasado 20 de junio, en el Palacio del Elíseo, el jefe del Estado francés recibió a su homólogo senegalés. Es posible que Bassirou Diomaye Faye, ya muy crítico con la presencia del Ejército francés en su país, también quiera cuestionar el franco CFA, del que el presidente Macron dijo en 2017 que “no había tema”... antes de aceptar una reforma (limitada) en 2019. Para los nuevos dirigentes de Senegal, como para muchos economistas africanos, es la propia existencia de la moneda la que coarta el desarrollo de la región. En este ámbito, y de forma más general,

Macron no ha cumplido su promesa de aumentar la ayuda francesa al desarrollo hasta el 0,55 % de la renta nacional en 2022. Y esta partida presupuestaria –que beneficia principalmente a África– será la más afectada (por valor de 800 millones de euros) por los recortes de financiación decididos el pasado mes de abril.

Desmemoria histórica

“Sí, la colonización es un crimen contra la humanidad”. El candidato de En Marche! quedó de maravilla con los argelinos a principios de 2017. Convertido en presidente, desató su ira cuando, en 2021, dudó de la existencia de una nación argelina previa a esta colonización. A más de uno se le atragantó la provocación. Y mucho más al pueblo, ya que en 2019 Macron había aprobado la prolongación del cuarto mandato del presidente Abdelaziz Buteflika: otra prueba del apoyo de París al autoritarismo rampante en el país. El presidente francés tampoco ha tomado la medida de los delicados equilibrios entre París, Argel y Rabat. Sus predecesores se cuidaron mucho de no dar la sensación de preferir uno a otro. Él alterna sin mayor empacho pequeños gestos hacia ambas partes, y de ese modo nunca satisface a ninguna. Así las cosas, Argelia y Marruecos al menos coinciden en que el Magreb ya no es una de las prioridades de Francia.

32

Oriente frustrado

En Oriente Próximo, Macron ha procurado distinguirse de los demás adoptando posiciones explosivas, incluso para aliados tradicionales de Francia. A finales de octubre, en Jerusalén, con la sabia asesoría de Bernard-Henri Lévy pero sin concertarse con el Quai d’Orsay [el Ministerio de Asuntos Exteriores], propuso “construir una coalición regional e internacional para luchar contra los grupos terroristas que nos amenazan a todos”. Unas horas más tarde, un comunicado del Elíseo remachaba: “La idea es inspirarse en la coalición internacional contra el Daesh y ver qué aspectos pueden repetirse contra Hamás”. Sobradas razones para convencer a varias capitales árabes de que Francia había dado la espalda, y para siempre, a su diplomacia tradicional en la región. Macron, que sigue negándose a reconocer el Estado palestino, no deja de inventar nuevas objeciones en un momento en que varios países europeos han dado el paso: a finales de mayo, explicó que no quería

hacerlo “en caliente”; al día siguiente, hablando por teléfono con el presidente Mahmud Abbas, puso como condición previa una reforma de la Autoridad Palestina.

En Beirut, unas semanas después de la explosión en el puerto el 4 de agosto de 2020, lanzó un ultimátum a la clase política local para que el país se dotara por fin de un gobierno. “Si las promesas no se cumplen antes de octubre –amenazó–, habrá consecuencias”. Un mes más tarde, con la situación exactamente en el mismo punto, interpretó el papel del hombre enfadado acusando a los dirigentes libaneses de “traición”. Habían, según él, entregado su país “al juego de las potencias extranjeras”... A decir verdad, es al presidente francés a quien millones de libaneses siguen reprochando hoy en día su injerencia y su suficiencia. Apenas unos meses antes de su aventura libanesa, Macron ya había tenido que tragarse sus intentos de mediación en la cuestión nuclear iraní ante las presiones de la Administración de Trump (2).

¿Una estrategia para el Pacífico?

En 2019, el Ministerio de Defensa francés publicó su estrategia de defensa en la zona del Indo-Pacífico. Aunque siete de las doce colectividades francesas de ultramar están situadas, de hecho, entre el océano Índico y el Pacífico Sur, el eje principal de la estrategia era en lo esencial alinearse con los estadounidenses, australianos y británicos contra China. Pero, en septiembre de 2021, estos “aliados” firmaron a espaldas de Francia el pacto Aukus (por Australia, Reino Unido y Estados Unidos), que implicaba la anulación por Canberra de un contrato de submarinos con la compañía francesa Naval Group. Semejante humillación diplomática entre “socios” tiene pocos precedentes. Unas semanas antes, el presidente de la República francesa peroraba así en Papeete, escala en su gira por Oceanía: “En los tiempos que se abren, ay de los pequeños, ay de los aislados, ay de los que sufrirán las influencias y las incursiones de las potencias hegemónicas que vendrán en busca de sus peces, de sus tecnologías y de sus recursos económicos”.

Macron y los pícaros

Macron muestra poco interés por América Latina. Su primer viaje oficial –con fines bilaterales– no fue hasta 2024, a Brasil. Las posiciones que adopta puntualmente, siempre publicitadas en los medios de comunicación, suelen remitir a problemáticas internas. En la reunión del G7 en Biarritz en 2019, por ejemplo, tuvo un altercado con el brasileño Jair Bolsonaro –al que acusó de mentir sobre el medio ambiente–, presentándose como un baluarte contra la extrema derecha. Ese mismo año, trató de contentar a Donald Trump reconociendo al presidente de la Asamblea Nacional, Juan Guaidó, como jefe de Estado interino de Venezuela en detrimento de Nicolás Maduro. Alinearse en esa ocasión con Estados Unidos era romper con la doctrina francesa de reconocer Estados –y no regímenes–, echando así por tierra su capacidad de mediación en el subcontinente. A finales de 2022, sin embargo, el crudo venezolano podía ayudar a sustituir al ruso sometido a sanciones: por ello, Macron devolvió a Maduro su tratamiento de “presidente” cuando se reunió con él en Egipto en una conferencia de las Naciones Unidas sobre el clima.

“Muchachos a Odesa”

“De todos modos, el año que viene tendré que enviar a algunos chicos a Odesa” (15 de marzo de 2024). El diario *Le Monde* relata que, en la noche del 21 de febrero, Macron, “con una copa de whisky en la mano”, habló así en tono de confidencia a unos cuantos invitados. Cinco días más tarde, en una conferencia de prensa, contempló el envío de tropas terrestres a Ucrania. Los medios de comunicación franceses se cuadraron ante el jefe, animándole a subir la apuesta. “Debemos permitir [a los ucranianos] neutralizar los emplazamientos militares desde los que se disparan los misiles”, declaró en Alemania el 28 de mayo, antes de anunciar que Francia estaría preparando el envío de instructores militares y la formación de una coalición de países dispuestos a entrenar a las tropas ucranianas sobre el terreno. El 5 de junio, en vísperas de la conmemoración del desembarco de Normandía, se puso lírico: “Sé que nuestros jóvenes están dispuestos al mismo espíritu de sacrificio que sus mayores”.

Al comienzo del conflicto en Ucrania, el presidente francés instaba a sus aliados a “no humillar a Rusia”. Una vez más, parece que confunde “ambigüedad estratégica” con palos de ciego.

- (1) Véase Dominique de Villepin, “La guerra no es el camino más corto hacia la paz”, *Le Monde diplomatique en español*, junio de 2024.
- (2) Anne Gearan y John Hudson, “Trump’s strong-arm foreign policy tactics create tensions with U. S. friends and foes”, *The Washington Post*, 20 de enero de 2020.

Grégory Rzepski

La élite de la extrema derecha

La falta de cuadros y el rechazo por parte de los círculos económicos solían ser obstáculos para Reagrupamiento Nacional. Con su normalización en materia de cuestiones fiscales, monetarias y europeas, el partido parece estar lanzando indirectas a la clase dirigente. ¿Cuál ha sido la reacción?

por François Denord y Paul Lagneau Ymonet, julio de 2024



AARON JOHNSON. – *Deep Space With Black Cat* ('Espacio intersideral con gato negro'), 2019

Las mitologías griega y romana brindan una inextinguible reserva de referencias a quien desee hacer gala de su dominio de las humanidades clásicas. En su *Historia de Roma desde su fundación*, Tito Livio concede gran relieve a la batalla entre Horacios y Curiacios, campeones respectivos de Roma y Alba en la guerra que libraron ambas ciudades entre el 673 y el 641 a. C. Para los primeros, no había nada por encima de la patria; estaban dispuestos a matar a su hermana so pretexto de que había tenido un desliz con el enemigo. Los segundos carecían de tal espíritu de sacrificio y fueron finalmente derrotados. Según la leyenda, les faltó hombría.

En 2016, André Rougé –exdirectivo de Bouygues con hoja de servicios en el Parti des Forces Nouvelles (‘Partido de las Fuerzas Nuevas’, PFN), el Rassemblement pour la République (‘Reagrupamiento para la República’, RPR) y luego el Rassemblement National (‘Reagrupamiento Nacional’, RN), del que es eurodiputado– fundó los “Horaces”. Este club está formado por políticos, empresarios, altos funcionarios y algunos generadores de opinión. Con ánimo de “dar caña” a los Curiacios de turno, proporcionan a los partidos de extrema derecha ideas, propuestas o proyectos de ley, así como elementos de fraseología política. Jean Messiha, exalumno de la elitista Escuela Nacional de Administración (ENA), antiguo administrador en el Ministerio de Defensa y fundador del Institut Apollon en 2020, se ha convertido en el vocero de este areópago reaccionario en el canal de noticias CNews, a veces bajo los colores de Reagrupamiento Nacional y a veces bajo los del partido Reconquête (‘Reconquista’) de Éric Zemmour.

Más allá de este cenáculo, ¿con quién, entre las autoridades políticas, económicas, administrativas y culturales, podría contar la extrema derecha para ejercer el poder? El Frente/Reagrupamiento Nacional siempre ha carecido de cuadros. Sus triunfos electorales lo habilitan ahora para ofrecer puestos, cargos y carreras. Para comprender qué sectores de las clases dirigentes estarán dispuestos a ocuparlos es menester rebobinar y ampliar el foco a la vez.

En 1983, Patrick Buisson, periodista de *Minute* y futura eminencia gris de Nicolas Sarkozy, publicó *Le Guide de l’opposition* (‘La guía de la oposición’, Intervalles) para “formar, eslabón tras eslabón, la cadena de resistencia a la subyugación ideológica del Estado socialista”. Reseñaba cerca de 10.000 nombres y 3000 direcciones de asociaciones, clubes,

periódicos y revistas (*Le Figaro Magazine*, *Valeurs actuelles*, etc.), partidos (el RPR, la Unión por la Democracia Francesa [UDF], el Frente Nacional [FN], etc.) y “emisoras de radio libres” como Alouettes FM, fundada por Philippe de Villiers. Ahora bien, resultaba difícil unir, contra el gobierno socialista-comunista, a los herederos del gaullismo y a los de Pétain; a los antiguos militantes de la Organización del Ejército Secreto (OAS) y a los que habían aceptado la descolonización de Argelia; a los católicos tradicionalistas y a los seguidores del Vaticano II, el concilio que procuró adaptar la liturgia católica a los tiempos modernos. Y también, en el ámbito económico, a los partidarios del libre mercado, a los del corporativismo y a los de la “participación” gaullista. Se puso el listón muy alto. Y el proyecto fracasó.

Aquel proyecto, actualizado, ha encontrado en Éric Ciotti un nuevo muñidor. El diputado de Los Republicanos (LR) por los Alpes Marítimos ha buscado inspiración en el empresario Vincent Bolloré, católico ferviente que reinvirtió los beneficios procedentes de la “Françafrique” en un imperio mediático (Canal+, Europe 1, *Le Journal du dimanche*, *Paris Match*). Como la alianza con el RN no ha convencido a los mandamases de LR, Ciotti ha conformado una cuadrilla de veteranos de la unión de las derechas y de trepas impacientes. Entre ellos está Guilhem Carayon, hijo del diputado Bernard Carayon, antiguo miembro del Grupo Unión Defensa (GUD) e incansable defensor de un acuerdo entre los gaullistas y el FN. En marzo de 2023, Carayon, presidente las juventudes de LR, fue portada de la revista *L'Incorrect*, que cuenta con el apoyo del patrón tradicionalista Charles Beigbeder, junto a sus homólogos y amigos de RN y Reconquête, Pierre-Romain Thionnet y Stanislas Rigault. Otro candidato “hijo de” bajo la bandera de la “agrupación de las derechas” –su padre trabajó para TF1, LCI, CNews y Europe 1, entre otros canales– es Arnaud Dassier, cuya empresa Avisa Partners produce contenidos en línea para diversos grupos de presión (1).

Los partidos de la extrema derecha francesa siempre han buscado el apoyo de una parte de la patronal y en buena medida lo han conseguido, desde la época de la Colaboración hasta el periodo contemporáneo (2). En la interfaz se encuentran personalidades cuyas amistades proceden de un temprano deambular político o de las oportunidades que proporcionan las *grandes écoles*. Así el caso de Sébastien Chenu, que pasó de la UMP (Unión por un Movimiento Popular) –demasiado

homófoba para su gusto– a RN, a la que aportó una red de conexiones fraguada en sus tiempos de colaborador con alcaldes, diputados y ministros. Junto con Jean-Philippe Tanguy, diplomado de la Escuela Superior de Ciencias Económicas y Comerciales (Essec) y de Sciences Po, Chenu es uno de los puntos de contacto entre RN y las principales patronales. “Siempre hemos tenido muy buen recibimiento por parte de las instancias locales de la Confederación de la Pequeña y Mediana Empresa (CPME), mientras que la Asociación Francesa de Empresas Privadas [Afed, el *lobby* de los grandes grupos] nos ignora”, señalaba Tanguy en *Le Figaro* (18 de marzo de 2024). Cuanto más representan los intereses de los pequeños empresarios, más se abren estas organizaciones a las ideas de extrema derecha, en particular a la denuncia de los impuestos, tasas y cotizaciones, así como de la legislación laboral, sanitaria y medioambiental.

En *Causeur* (31 de enero de 2022), una revista mensual financiada por el empresario de ideología identitaria Charles Gave, Sophie de Menthon celebraba las diatribas de Marine Le Pen contra las normas que supuestamente coartan la marcha triunfal de las pequeñas y medianas empresas. El otoño siguiente, a petición de Le Pen, organizó encuentros entre miembros de Ethic (Entreprises de Taille Humaine, Indépendantes et de Croissance, ‘Empresas de Talla Humana, Independientes y de Crecimiento’) y diputados de RN (*Le Parisien*, 7 de octubre de 2022). Promotora de telemarketing, autora de libros infantiles –entre ellos el inenarrable *L’Entreprise racontée aux enfants* (‘La empresa contada a los niños’, ilustrado por Aurore Giscard d’Estaing)– y presidenta de Ethic, De Menthon ya organizó, en noviembre de 2021, un encuentro entre Éric Zemmour y miembros del Cercle de l’Union Interalliée, uno de los clubes más prestigiosos de París (*L’Express*, 28 de octubre de 2021). “Sus intervenciones y su cultura son muy del gusto de los empresarios”, explicó en *Politis* (15 de septiembre de 2021).

Las relaciones con la gran patronal resultan menos fluidas. En 2011, su portavoz Laurence Parisot publicó *Un piège bleu marine* (‘Una trampa azul marino’, en coautoría con Rose Lapresle, Calmann-Lévy); en 2019, Geoffroy Roux de Bézieux tuvo que renunciar a invitar a Le Pen a las jornadas de verano del Movimiento de Empresas de Francia (Medef). Aficionado a las justas con armadura y a caballo, Olivier de Panafieu tuvo que dejar la dirección de la consultora Roland Berger como un vil mozo

de cuadra por haber organizado colectas de fondos para Zemmour. El exalumno de la Escuela Politécnica François Durvye, en cambio, puede asesorar a Le Pen y a Bardella. Pero se trata de una figura con menos exposición mediática, que gestiona, a través de un fondo de inversión, la fortuna de Pierre-Édouard Stérin, un “católico tradicional” enriquecido con la venta de cajas de regalo y el comercio electrónico.

Desde que el RN abjuró del abandono del euro y dio marcha atrás en sus escasas medidas en favor de los asalariados (en particular, la jubilación a los 60 años), sus relaciones con el Medef tienden a relajarse, aunque las principales organizaciones patronales siguen prefiriendo el neoliberalismo del gobierno actual al nacional-liberalismo del RN. De las diez medidas tomadas de los programas de Bardella y del Nuevo Frente Popular que el Medef señaló como problemáticas en un comunicado de prensa el 19 de junio, solo la reducción del impuesto sobre el valor añadido (IVA) de los productos energéticos procede del partido de extrema derecha. Prudencia obliga: algunos grandes empresarios asustados por el programa de la izquierda unida “cortejan” a los jefes de la extrema derecha (*Financial Times*, 18 de junio de 2024).

El 28 de noviembre de 2023, Bardella debatió con estudiantes de la École des Hautes Études Commerciales (HEC). Una semana antes, Henri Proglia, otrora presidente ejecutivo de Veolia y Électricité de France (EDF), había almorzado a vista de todos con Marine Le Pen. El encuentro, celebrado en uno de los restaurantes predilectos de la élite empresarial de París, tenía valor de prueba. Proglia forma parte del “comité de sabios” de la familia Dassault, que no ha hecho el más mínimo reproche público a este antiguo miembro del Club de l’Horloge. El patrón de Dassault Aviation, Éric Trappier, también se reunió con Le Pen antes de las elecciones europeas de 2024 (*Le Nouvel Observateur*, 16 de mayo de 2024), y el director editorial de *Le Figaro* (propiedad de la familia Dassault) no se hizo de rogar para prestar su apoyo a la “unión de las derechas” en su espacio radiofónico de Europe 1 del 13 de junio de 2024. Al margen de que los beneficios de la industria armamentística dependen de los pedidos públicos, Alexis Brézet tiene un largo historial ultraderechista: ya en 1989 escribió para el eurodiputado del FN Jean-Marie Le Chevallier, futuro alcalde de Tolón, el libro *Immigration en Europe: attention danger* (Éditions du groupe des droites européennes, 1989).

Conseguir la aceptación del estamento económico –y de sus voceros mediáticos– es sin duda la prioridad de la extrema derecha. El neoliberalismo ha cambiado los equilibrios de poder dentro de la clase dominante, al subordinar la administración y la política a los objetivos de la empresa privada. Pero para ejercer el poder sigue siendo importante disponer de agentes fiables. Dentro de la alta función pública, la extrema derecha puede contar con el legalismo de algunos, el oportunismo de otros, así como con el activismo diligente de un puñado de militantes comprometidos con su causa. De hecho, existe en ella una tradición antirrepublicana, y no solo entre los militares que pidieron en *Valeurs actuelles* el restablecimiento marcial del orden público (21 de abril de 2021). La creación del Club de l’Horloge por exalumnos de la ENA, algunos de obediencia gaullista, otros del partido de Giscard, se remonta a 1974. A mediados de la década de 1980, prácticamente todos los líderes de la derecha y de la extrema derecha habían frecuentado este laboratorio de ideas giscardista-lepeno-chiraquista (3). ¿Cuál fue la principal innovación doctrinal del club, rebautizado Carrefour de l’Horloge en 2015? La “preferencia nacional”.

Uno de sus integrantes, Philippe Baccou, magistrado honorario del Tribunal de Cuentas francés, participa en los debates de los Horacios. En el periodo reciente, el RN también ha contratado a Fabrice Leggeri. Este diplomado de la Escuela Normal Superior y de la ENA, que ha trabajado para el Ministerio del Interior y para la Comisión Europea, se vio obligado a dimitir como director de la agencia europea Frontex en 2022. Supuestamente había promovido devoluciones de migrantes en contravención del derecho internacional. En junio de 2024 fue elegido diputado al Parlamento Europeo en la lista encabezada por Jordan Bardella. Otros Horacios comparten episodios similares en su carrera: cargos en instituciones de la UE, ostracismo por parte de sus colegas, pero también un paso por la administración prefectoral.

Con la reserva que les impone su estatus, algunos de los miembros de esta administración reprochan a las autoridades políticas objetivos confusos y hasta un deficiente sentido del Estado: en concreto, pueden deplorar el debilitamiento de los servicios públicos a nivel de sus territorios bajo la presidencia de Nicolas Sarkozy o el “Acto III” de la descentralización bajo la de François Hollande, que reforzó a los “grandes representantes electos” frente a los prefectos (4). Ya en abril de

2011, Le Pen escribió en una carta que les iba destinada: “Vuestras eminentes funciones os enfrentan directamente con los estragos de una política de disminución del Estado, de desaliento de su personal y de ineficacia de su gobernanza” (5). En mayo de 2021 volvió a incidir en el tema en un correo dirigido, esta vez, a los 7000 funcionarios estatales de mayor rango, prometiendo revertir una reforma de la alta función pública que había suprimido los cuerpos prefectoral y diplomático (6).

Añádase a ello la tensión dentro del propio Estado entre quienes tienen la misión estatutaria de velar por la conformidad de la acción pública con las normas francesas y europeas y los altos funcionarios, encargados de aplicar las leyes y reglamentos promovidos por el Gobierno. En el seno de la llamada administración activa existe la tentación de criticar y hasta de poner en tela de juicio los contrapoderes que ofrecen los tribunales europeos –el Tribunal de Justicia de la Unión Europea (TJUE) y el Tribunal Europeo de Derechos Humanos (TEDH) (7)– o nacionales. En *Le Monde* (17 de junio de 2024), el candidato del RN en la tercera circunscripción de Cher, Pierre Gentillet, abogado de formación y fundador de la *Cocarde Étudiante*, ha despejado las dudas sobre la táctica de la extrema derecha si llegara al poder: “Metiendo en vereda al Consejo Constitucional, podremos hacer lo que queramos”.

- (1) Julien Fomenta-Rosat, “Moi, journaliste fantôme au service des lobbies”, *Fakir*, Amiens, 19 de mayo de 2022.
- (2) Benoît Collombat y David Servenay (dirs.), *Histoire secrète du patronat de 1945 à nos jours*, La Découverte, París, 2009.
- (3) Philippe Lamy, *Le club de l’Horloge 1974-2002. Évolution et mutation d’un laboratoire idéologique*, Universidad París 8, tesis de doctorado de sociología, 2016.
- (4) Véase Benoît Bréville, “Vos régions, on n’en veut pas!”, *Le Monde diplomatique*, julio de 2021.
- (5) Citado por Patrick Roger, “L’opération séduction de Marine Le Pen auprès du corps préfectoral”, *Le Monde*, 20 de abril de 2011.
- (6) Véase Simon Arambourou y Grégory Rzepiski, “La réforme dévore ses enfants”, *Le Monde diplomatique*, diciembre de 2022.
- (7) Véase Vincent Sizaire, “Le juge européen peut-il être un contre-pouvoir au service de la démocratie?”, *Le Monde diplomatique*, enero de 2018.

François Denord y Paul Lagneau Ymonet

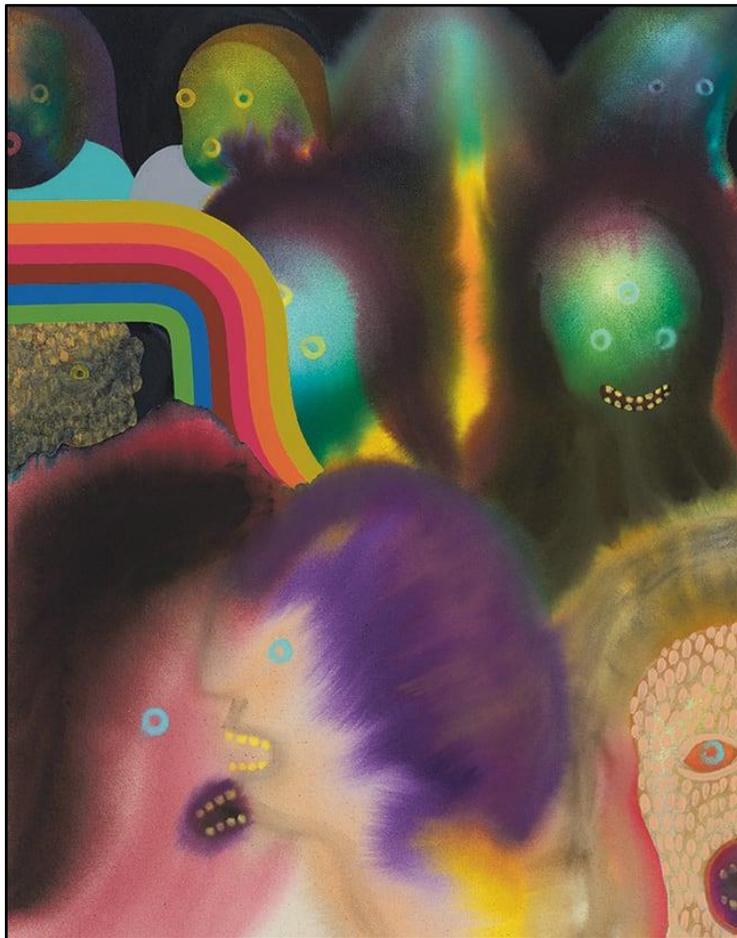
Sociólogo. Autor de la obra *Le Concert des puissants*, Raisons d’agir, París, 2016s.

¿Ha dicho “sentimiento de abandono”?

Haz lo que quieras en casa. No dependas de nadie. Y menos de un Estado que ya no satisface tus demandas, sino que cada vez te exige más. Este tipo de mentalidad es común en las zonas rurales y favorece a Reagrupamiento Nacional. Sus portavoces afirman que pueden arreglárselas sin exigir nada, siempre y cuando se recompense el mérito individual.

43

por Benoît Coquard y Clara Deville, julio de 2024



AARON JOHNSON. – *Cosmic Collider* ('Colisionador cósmico'), 2020

Se ha convertido en un lugar común: por lo visto, en el medio rural, las clases populares se sienten “abandonadas” por el Estado. Incluso se supone que tal es, de hecho, uno de los principales motivos de su afinidad con Reagrupamiento Nacional (RN), así como una puerta de entrada para una izquierda que busca reimplantarse fuera de las grandes aglomeraciones urbanas. Los economistas Julia Cagé y Thomas Piketty elevan incluso esta reconquista de las clases populares rurales a la categoría de “prioridad absoluta para el bloque social-ecológico”, invitando a continuación a luchar contra su “sentimiento de abandono” recurriendo a medidas sociales y económicas adaptadas (1).

Pero, ¿qué abarca exactamente esta expresión un tanto condescendiente de “sentimiento de abandono” que entona a coro el conjunto de la clase política y mediática? Se impone un llamamiento a la prudencia, pues más que nunca se advierten ahora las consecuencias sociales de las palabras usadas para resumir lo que pretendidamente piensan las clases populares. Por poner un ejemplo: cuando la “inseguridad cultural” (2) se convierte en la clave para comprender las conductas de los *petits blancs* [expresión usada para referirse a la población blanca de clase baja], cierta burguesía conservadora se siente autorizada a trasladar a otros su propio “pánico moral”. Y la ofensiva semántica que apoya esta lectura casi podría inducirnos a olvidar que un movimiento de masas inédito como el de los chalecos amarillos presentaba reivindicaciones económicas y sociales muy distintas, como la crítica del desprecio y la arrogancia mostrados por el jefe de Estado, el deseo de poder “vivir dignamente”, la injusticia fiscal (3)... En este sentido, las clases populares rurales se convierten en el arquetipo de la llamada “clase objeto”: esa “de la cual se habla más de lo que habla ella misma”, según la formulación de Pierre Bourdieu (4).

Explicar conductas políticas basándose tan solo en un sentimiento de abandono se topa con los mismos escollos. Aunque la expresión se apoya en hechos tangibles, es susceptible de llevar a conclusiones precipitadas en lo que atañe a sus efectos sobre los individuos concernidos. El “abandono” del campo por parte de los servicios públicos está bien documentado (5). En los pueblos y localidades populares que hemos estudiado, los habitantes pasan todos los días frente a lo que queda de una antigua maternidad, una oficina cerrada recientemente de la Agencia Tributaria o un local que en el pasado fuera de la Caja de Subsidios Familiares: todo responde al declive industrial, con un paisaje

de fábricas en ruinas, por no hablar de las casas de comidas y pequeños comercios desaparecidos. Basta con entablar conversación para oír cosas como: “Antes era mejor”, “solo hay para los demás”, “[los gobernantes] no piensan en nosotros”.

Sin embargo, el voto a RN no se reduce a una simple expresión de ira popular frente a la ausencia del Estado. De entrada, porque no está en realidad “ausente”. Ciertamente es que décadas de reformas y de racionalización han llevado a concentrarlo todo en las ciudades, garantizando luego una continuidad territorial por medio de la implementación de soluciones digitales (desmaterialización de los trámites administrativos, “sanidad electrónica”, etc.). En aquellos lugares donde el Estado ya no está ahí “físicamente”, entre unas paredes y con la presencia de sus agentes, la gente pasa aún más tiempo en el coche para ir a la ciudad, donde multiplican sus contactos con los representantes del poder que aún siguen allí (secretarios de ayuntamiento, agentes de los centros sociales...). En realidad, cuando el Estado se retira, su control se intensifica: está siempre presente en las mentes, roe o pellizca el uso del tiempo, e invade los hogares en forma de póliz y pilas de documentos por rellenar.

Y es que el poder del Estado no se detiene en los muros de sus instituciones: dirige a distancia. A distancia por hallarse lejos de donde viven los ciudadanos, pero, sobre todo, por desarrollar un funcionamiento cada vez más alejado de las prácticas acostumbradas de las clases populares. Cosa que ilustran numerosos ejemplos: la desmaterialización, que, además de alimentar la “fractura digital”, aumenta la violencia simbólica generada por los trámites burocráticos; la concentración urbana de los servicios públicos, que exige “bajarse a la ciudad” y abandonar el perímetro de los desplazamientos cotidianos; y, por último, el desarrollo del sistema de cita previa, que supone poder organizar de antemano el propio tiempo, cosa difícil para las personas en situación de precariedad o interinidad, aquellos cuyas condiciones de vida ponen trabas a la posibilidad de ser dueños de su inmediato futuro. En estas circunstancias, dirigirse al Estado requiere competencias cada vez más desarrolladas, o, más bien, cada vez más susceptibles de relegar a las clases populares a la categoría de los que se muestran “incapaces” de hacer que se respeten sus derechos. El problema no reside tanto en que el Estado haya desatendido a los entornos rurales. Tras la cortina de humo de la “fractura territorial” se ocultan, de hecho, mecanismos de

dominación que también se ejercen en las ciudades. Y es que la retirada del Estado es menos geográfica que profundamente social. Si algunos territorios están menos dotados de servicios públicos, no es debido a su condición de rurales, sino a la pobreza de sus habitantes. De ahí que dicha retirada aqueje también al extrarradio de algunas grandes ciudades, donde se oyen las mismas quejas (“El Estado no se interesa por nosotros”, “solo hay para los demás”...). El hecho de que actualmente nos enfoquemos en el entorno rural solo a través del prisma del “sentimiento de abandono” nos aparta, en este sentido, de la posibilidad de formular un diagnóstico común, cuando las realidades de un campo en declive a veces están mucho más cerca de las que encontramos en las inmediaciones de ciertas ciudades que en algunas zonas rurales atractivas –que a su vez se asemejan a las de los centros de las grandes ciudades–. Cada uno por su parte, estos espacios que el discurso político opone han vivido la desindustrialización y han visto crecer a una juventud sin futuro, para la cual el recurso al Estado se ha convertido en un potencial estigma. Tanto en un caso como en otro, la falta de puestos de trabajo estables arraiga a nivel local, y estar en el paro hace que los jóvenes temen verse asimilados a los más precarios, a esos que se presenta continuamente como “asistidos”. Basta, por ejemplo, con observar el atractivo común que ejerce la condición de emprendedor, que, a falta de sacar de la precariedad, permite cuando menos aferrarse al equipo de “los que curran” y tienen medios para mantener a raya los veredictos negativos asociados a aquellos a quienes el Estado ayuda (6).

El problema, pues, no es tanto un “abandono” como la polarización territorialmente desigual de los recursos del Estado, en el que ciertos espacios salen mejor parados que otros en la competencia por la conservación o la instauración de servicios públicos, convertidos en un bien poco común y de naturaleza distintiva. A veces esta situación suscita protestas, pero las clases populares están lejos de hallarse en la primera línea de la construcción de la “cólera” de los campos frente a las ciudades. Las luchas contra el declive rural son emprendidas ante todo por las clases a las que les interesa comprometerse en defensa del atractivo de sus formas de vida, pues consideran que aún les queda algo que perder. Muy a menudo se trata de notables locales, políticamente inclinados a la derecha, que temen la pérdida de sus pequeños y grandes privilegios. Pero, de ellos, rara vez se dice que se sienten abandonados.

En lo que respecta a las clases populares, las reivindicaciones parecen menos evidentes, ya que muchos creen que ya no les queda gran cosa que perder. “El atolladero ya está ahí”, afirma un expleado de una fábrica de Somme. Despedido por razones económicas, vive de trabajos temporales, todos situados a más de 45 minutos de una distancia que recorre en ciclomotor, ya que el tren que le permitía llegar a su hora ha sido suprimido. Aunque se siente afectado por la partida de los servicios públicos (“Aquí ya no hay nada, ni tren, ni nada”), afirma que “no espero nada del Estado”, dado que todas las veces que le ha solicitado ayuda “la cosa no ha acabado bien”. Y las posibilidades de acceder a los derechos se reducen sistemáticamente a medida que se desciende en la jerarquía social. Para los que no encajan del todo en las categorías fijadas por la Administración, o los que no dominan el lenguaje burocrático, o no disponen de los conocimientos necesarios para orientarse en los arcanos de los trámites, acceder a una vivienda social o a una prestación tiene algo de carrera de obstáculos. Y cuando logran ejercer sus derechos, sobre ellos recaen sospechas de fraude y son expuestos a estrictos controles (7).

Estas experiencias denigrantes, que no dejan de recordar a las vividas en la escuela, permiten que las afirmaciones xenófobas de RN funcionen a toda máquina. “Si me llamara Mohammed, me iría mejor”, hemos podido oír a modo de explicación directamente accesible de las dificultades encontradas, en vez de emprenderla con el Estado y su funcionamiento. Todo ello lleva a renunciar a los propios derechos para poder señalar al “asistido” como chivo expiatorio, a la vez que uno mismo se distancia de esa categoría. Percibir ayudas sociales en una localidad donde “todos se conocen” se ha convertido en una potencial tara social. El discurso de fragmentación del RN entre los asistidos, los inmigrantes y los demás, se ha dotado de un efecto transformador al apoyarse en las reformas liberales del mercado laboral, que han ahondado la brecha entre las fracciones precarias y estables de las clases populares. Gracias a ese discurso –y aunque fracase en el aspecto económico–, la extrema derecha garantiza ese capital del mal menor que permite confiar en que otros grupos sociales resulten relegados, señalados en mayor medida y desfavorecidos, en especial frente a la burocracia estatal. Tal es el sentido de una expresión que se repite con frecuencia entre las clases populares rurales: “antes nosotros” o “nosotros primero”, como un eco del viejo eslogan del Frente Nacional: “Los franceses primero”. Estas dinámicas resultan especialmente

visibles entre los más precarios. Enfrentados a la “mala reputación” de ir “rezagado”, la adhesión al discurso de la extrema derecha tiene el efecto de una remisión del estigma.

Las clases populares mantienen, por lo tanto, una relación ambigua con el Estado y sus agentes que no puede ser explicada del todo por el “sentimiento de abandono”. Durante una conversación sobre el trabajo en negro, dos jóvenes obreros de una zona rural hicieron la siguiente observación jocosa: “Esto es como Córcega, pero sin mar”, con lo que venían a decir: en nuestra tierra hacemos lo que queremos, no nos sometemos a los preceptos del Estado, y así es como creemos poder salir adelante y afirmarnos con orgullo como hombres a carta cabal, en línea con modelos locales de éxito basados en el mérito individual, en apariencia muy apartados de los del Estado.

En el mismo lugar, desde el primer día del movimiento de los chalecos amarillos, las personas movilizadas reclamaban “poner impuestos a los ricos”, que son “los que de verdad contaminan”, pero también “que nos dejen tranquilos”. “Todo está lejos”, se decía en un peaje bloqueado, en comparación con las anteriores generaciones, que podían “ir a todas partes en bicicleta” porque el trabajo y los servicios estaban mejor implantados. En la actualidad, hay que desplazarse lejos.

En realidad, los chalecos amarillos rurales, que trabajaban en pequeñas constructoras, en fábricas o a domicilio, cuidando a personas mayores, no reclamaban la llegada del tren de alta velocidad a su departamento, a diferencia de lo exigido por una antigua movilización de la burguesía local. Lo que pedían era, sobre todo, que se les dejara cubrir esa incomprensible distancia no solo entre ellos y sus trabajos, sino también entre el Estado y ellos, sin trabas administrativas, sin radares, sin impuesto sobre el carbono, en un momento en que el súbito aumento de los gastos en carburante comprometía su capacidad para llegar a fin de mes y, en última instancia, perpetuar su forma de vida.

Añadamos que, entre los obreros y empleados rurales con los que nos hemos encontrado, el Estado no está completamente ausente, en el sentido de que, allí donde se ha conquistado la estabilidad, esta ha sido en parte levantada con la aportación del Estado del bienestar, o lo que queda de él. Es el contexto local y el espíritu de los tiempos lo que los llevan a adherirse a las visiones del mundo de ciertos seres cercanos,

algún pariente o amigo, a menudo algo más rico. A veces se trata de trabajadores autónomos influyentes en los medios populares rurales, que repiten sin cesar que “pagan por los otros” y que el estado les “roba” el dinero que ganan con su trabajo. Para ser un trabajador respetable, aspirar a un ascenso social o, simplemente, evitar pasar por “asistido”, una de las soluciones es asumir ese discurso de los adalides de proximidad.

Desde esta perspectiva, no puede uno declararse ni pensarse abandonado por el Estado, mientras que proclamarse del lado de RN supone afirmar la capacidad propia de salir adelante sin ayuda y sin “reclamar” nada. Todo induce, pues, a considerar el Estado – convertido en el rostro de lo urbano– como uno de los componentes de un modelo de sociedad que se repudia y en oposición al cual uno se define.

- (1) Cf. *Une histoire du conflit politique. Élections et inégalités sociales en France, 1789-2022*, Seuil, París, 2023.
- (2) El concepto –relativo al sentimiento de inseguridad sufrido por una comunidad autóctona enfrentada a una presencia procedente del exterior– ha sido introducido en el debate público por, sobre todo, Laurent Bouvet. Cf. *L'Insécurité culturelle*, Fayard, París, 2015.
- (3) Véase el artículo del colectivo de investigación ciudadana sobre los cuadernos de quejas, “Les cahiers de la colère”, *Le Monde diplomatique*, junio de 2022.
- (4) Pierre Bourdieu, “Une classe objet”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n.º 17-18, noviembre de 1977.
- (5) Cf. Thibault Courcelle, Ygal Fijalkow y Thomas Taulelle (dirs.), *Égalité, accessibilité, solidarité: les renoncements de l'État. Services publics et territoires ruraux*, Le Bord de l'eau, Lormont, 2024.
- (6) Abdelnour, Sarah, *Moi, petite entreprise. Les auto-entrepreneurs, de l'utopie à la réalité*, Presses universitaires de France, París, 2017.
- (7) Vincent Dubois, *Contrôler les assistés. Genèses et usages d'un mot d'ordre*, Raisons d'agir, París, 2021.

Benoît Coquard y Clara Deville

Respectivamente: sociólogo en el Instituto Nacional de Investigación sobre Agricultura, Alimentación y Medioambiente (INRAE, por sus siglas en francés), miembros de Centro de Economía y Sociología Aplicadas a la Agricultura y los Entornos Rurales de Dijon y socióloga en el Instituto Nacional de Investigación sobre Agricultura, Alimentación y Medioambiente (INRAE, por sus siglas en francés), miembros de Centro de Economía y Sociología Aplicadas a la Agricultura y los Entornos Rurales de Dijon.

Los condescendientes detractores de la Francia fea

por Fabrice Raffin, julio de 2024



AARON JOHNSON. – *Guardians of the 3 Earths* ('Los guardianes de 3 Tierras'), 2019

“¿Es que le parece bonita la Francia periférica que rodea a las zonas comerciales?”. Tal fue la irritada contestación de Léa Salamé ante los micrófonos de France Inter, el 12 de septiembre de 2023, cuando el director de la cadena de supermercados Super U le pidió algo de moderación: “Millones de personas van cada fin de semana [...] a adquirir productos a precios asequibles y se les dice: ‘Os movéis por la Francia fea’. A mí me parece que es burlarse de ellos”. Ya en 2011, Éric Chauvier se preguntaba: “¿Quiénes son esos periodistas centralizados para decretar la fealdad de nuestros espacios periurbanos?”. El escritor firmaba por entonces su libro *Contre Télérama* (Allia) justo antes de que el laboratorio de ideas Terra Nova publicara su famosa nota sobre el incorregible lepenismo de las clases populares (1); y, sobre todo, justo después de que el semanal cultural al que hace referencia el título [*Télérama*] publicara el artículo “Cómo ha hecho Francia para volverse fea” sobre la proliferación de urbanizaciones tras el auge de la construcción de autopistas y la multiplicación de los hipermercados, seguidos de medianas superficies comerciales especializadas (2).

El que fuera el mayor Auchan del mundo (hasta 2014), al igual que tiendas de cadenas como Promod o France Pare-Brise, Nocibé o Cocinas Schmidt, figuran entre los establecimientos del centro comercial Aushopping de Noyelles-Godault. Tome la A1 en dirección a Lille, pase Hénin-Beaumont y tome la salida número 17. Ya estamos: a unos cuantos kilómetros de la antigua fábrica de Metaleurop –cuyo cierre en 2003 dejó a 830 empleados en la calle y algunas de las tierras más contaminadas de Francia–, en una comuna donde Reagrupamiento Nacional recabó el 61% de los votos en las últimas elecciones europeas y, por último –con sus cerca de treinta millones de visitantes al año–, en la segunda área comercial más frecuentada de Francia (3). Lejos de verse como esas “metástasis periurbanas” que tanto horrorizan a *Télérama*, el lugar gusta a las familias que lo frecuentan, también a los jóvenes y a todos aquellos a quienes el centro comercial les ampara en el día a día: un lugar de ocio, de prácticas culturales de todo género, y un amplificador de los buenos momentos, en especial de las celebraciones.

Tanto en la práctica como en el imaginario colectivo, las zonas comerciales como Aushopping son una referencia identitaria, un espacio común. Sustituyen a buen número de centros urbanos agonizantes, llenos de tiendas abandonadas. En torno a los espacios de las grandes cadenas, el ejercicio de captación pone en juego representaciones de una seductora modernidad consumista. Las firmas agroalimentarias reivindican la “tradición”, la “autenticidad”, lo “natural” en una especie de gesto burlón dirigido los antiguos centros urbanos, más o menos patrimonializados. Y es que la gente está dando la espalda a este casco histórico, a su pub irlandés convertido en kebab, al mercado que aún sobrevive. En los escaparates de las agencias inmobiliarias, las superficies comerciales abandonadas se codean con los pisos vacíos de inmuebles grisáceos.

Esta deserción preocupa a las autoridades, por más que ellas mismas lleven mucho tiempo favoreciendo el desarrollo de las grandes superficies y las urbanizaciones de viviendas unifamiliares (4). Tras el programa Action Cœur de Ville (‘Acción Corazón de la Ciudad’), destinado a revitalizar los centros urbanos, el Gobierno francés ha puesto en marcha recientemente un plan de transformación de las zonas comerciales. La tendencia, en efecto, es que sean cada vez menos populares a causa de la competencia de las compras por internet y al

auge de los centros logísticos de las grandes firmas de comercio electrónico (5). Más espacios verdes y menos chapa y asfalto, con oficinas y edificios residenciales: Olivia Grégoire, ministra delegada responsable de Consumo, explicó en *Le Parisien* (11 de septiembre de 2023) que quería acabar con las zonas comerciales existentes, “a menudo antiestéticas, muy energívoras y poco preocupadas por el medioambiente”.

No cabe duda de que lo son, pero las grandes superficies siguen acaparando el 65% de las ventas de productos alimentarios (6). Y, como señala la escritora Annie Ernaux a propósito de los pasillos de su centro comercial, “los supermercados e hipermercados no pueden reducirse a su papel en la economía doméstica, en el ‘suplicio de hacer la compra’. También suscitan pensamientos, fijan sensaciones y emociones en recuerdos” (7). En el Trois Fontaines de Cergy –donde reside Ernaux–, en Les Sentiers de Claye-Souilly, en el Terre Ciel de Chelles, en el Soleil de Créteil o de Mérignac, en el Méridien de Ibos, en Les Flâneries de La Roche-sur-Yon, o en el Aushopping de Noyelles-Godault, la gente se pasea en pandilla, bebe pintas de cerveza en las terrazas y, el domingo, degusta en familia un cucurucho de helado de pistacho y avellana con *topping* de chocolate. Lo que nos encontramos es un modo de vida hoy mayoritario, por más que una minoría urbana quiera desacreditarlo y ridiculice su escenografía de “cajas de zapatos” o la importancia que se le da al coche.

Al igual que las otras –más que las otras–, la zona comercial de Noyelles-Godault se extiende. Mucho más a lo ancho que a lo alto, en todo caso: la altura de sus edificios apenas supera la de un inmueble de tres pisos. Aquí, como en otras partes, el dominio del comercio –y del consumo desaforado– araña las tierras agrícolas. En lo que a ello concierne, la crítica ecológica precedió al juicio de los estetas. También recientemente, varias movilizaciones echaron por tierra EuropaCity, un proyecto de megazona comercial en Val-d’Oise. Pero el comercio accesible en bicicleta sigue siendo una lejana quimera para numerosos franceses, sobre todo los que no residen en grandes ciudades. Lo mismo pasa con el ocio de proximidad: espacios de convivencia, restaurantes bio, librerías de barrio... En Aushopping, en torno a los colosos del consumo como Decathlon se alinean decenas de establecimientos más pequeños, pero no menos atrayentes: Burger King, Crêp’eat, Chez

Marcel, un multicine, un local con camas elásticas, pistas de petanca, una bolera...

Ocio y residencia, trabajo y aprovisionamiento: en el siglo XIX, la ciudad industrial concentraba todas esas funciones en el mismo espacio. La ciudad del siglo XX puso entre ellas una distancia que ya no se puede recorrer a pie. Se vinculan por medio del coche privado. En los alrededores de Hénin-Beaumont, en la antigua cuenca minera, se coge el coche para ir a hacer la compra, para jugar un partido de fútbol con amigos, para llevar a los niños a clases de baile o para sacar a pasear al perro a una escombrera acondicionada a tal efecto. El habitáculo aísla de las inclemencias climáticas. Del aire acondicionado del coche al del centro comercial: la exposición al medioambiente se vuelve fugaz.

Que la oferta de ocio sea de pago y estandarizada poco importa, en el fondo, a los interlocutores con los que nos cruzamos en el centro comercial. La mayor parte se refieren a su felicidad, a sus deseos. Volvemos a pensar en Annie Ernaux: “Puede que sea así, en este lugar, como más puedo acercarme al placer de los demás, de los jóvenes que se pasean sin más propósito que comprarse un paquete de patatas fritas, de las madres llegadas en autobús para pasar la tarde antes de la salida del colegio, de cuantos vienen –como en el pasado, en la ciudad– a dar una vuelta”. En Noyelles-Godault, los exteriores o los aparcamientos no siempre están bien mantenidos, pero en cuanto se entra, todo cambia. Nos gusta venir al centro comercial para acceder a la modernidad radiante y aséptica de sus galerías. Es una antropización radical, un decorado totalmente artificial. Millones de luces leds resplandecen sobre un fondo de chapa ondulada.

Un centro comercial funciona como un decorado cinematográfico: realza a quienes lo frecuentan. Acudir a él viene a ser como vivir una ficción, o al menos en una ficción convertida en realidad urbana. La gente se reúne para comer en un vagón de tren suspendido o en un *dinner* de los años cincuenta del pasado siglo. Se divierte en un espacio gigante de *paintball* o en pistas cubiertas de karts iluminadas en la noche de Aushopping. Todo es velocidad y desmesura, como otros tantos ecos del imaginario alimentado por los éxitos de taquilla o las series estadounidenses. Y por si fuera poco –a diferencia del centro de la ciudad, que, como todo el mundo sabe, “está muerto”–, aquí siempre hay algo nuevo, en los aparcamientos o en las galerías: Halloween, luego San

Valentín, el Carnaval, la Pascua, sin olvidar el Black Friday. Cada acontecimiento tiene su ambiente peculiar.

El espectáculo gusta a padres e hijos. Los más pequeños se divierten por su cuenta. Hay atracciones. Corren y gritan. Todo está limpio. Y es seguro. Y está bien vigilado: hay guardias y sistemas de videovigilancia. En un mundo social que a menudo se percibe a través del prisma mediático de la inseguridad, el centro comercial hace las veces de espacio pacificado de relaciones sociales, en un marco estructurado por el consumo de masas y la grandiosa narrativa de la abundancia.

54

De los centros comerciales como el de Noyelles-Godault se desprende una incontestable realidad vital. Una realidad que se inscribe en un largo proceso: una historia urbana –de gestión del territorio a mediados del siglo XX– amalgamada con una historia política y económica de naturaleza capitalista. Pero no solo eso. Desde un punto de vista antropológico, resulta subyugante ver cómo los residentes periurbanos se han adueñado de la situación para habitarla. Habitarla en el sentido de apropiación y de realización de sus propios mundos, compuestos de prácticas singulares, de valores y de un imaginario colectivo. De todo aquello que, con sus reglas de buen convivir y sus lecciones de indulgencia, ignoran los condescendientes detractores de la Francia fea.

- (1) Olivier Ferrand, Bruno Jeanbart y Romain Prudent, “Gauche: quelle majorité électorale pour 2012?”, Terra Nova, 10 de mayo de 2011, <https://tnova.fr>
- (2) Xavier de Jarcy y Vincent Remy, “Comment la France est devenue moche”, *Télérama*, París, 12 de febrero de 2010.
- (3) Daniel Bicard, “Découvrez les 15 zones commerciales les plus attractives de France”, LSA, 21 de septiembre de 2022, www.lsa-conso.fr
- (4) Léase Christian Jacquiau, “Racket dans la grande distribution ‘à la française’”, *Le Monde diplomatique*, diciembre de 2002.
- (5) Léase Cécile Marin y Pierre Rimbert, “L’ère des plates-formes logistiques”, *Manière de voir*, n.º 187, “Les campagnes”, febrero-marzo de 2023.
- (6) Jacqueline Perrin-Haynes, “Les hypermarchés n.º 1 des ventes de produits alimentaires”, *Insee Focus*, n.º 187, Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos (Insee, por sus siglas en francés), 7 de abril de 2020, www.insee.fr
- (7) Annie Ernaux, *Regarde les lumières mon amour*, Seuil, París, 2014; (traducción en español: *Mira las luces, amor mío*, Cabaret Voltaire, Madrid, 2021).

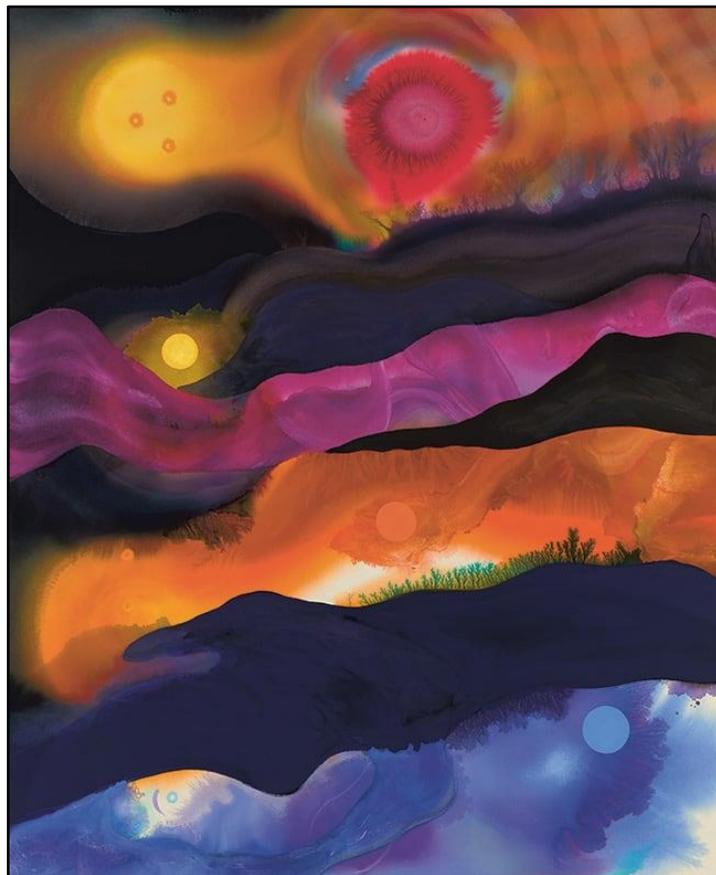
Fabrice Raffin

Sociólogo, profesor en la Universidad de Picardía Jules-Verne – Laboratorio Habiter le Monde.

En Montargis, de los disturbios a las urnas

A finales de junio de 2023, la muerte de Nahel Merzouk, el adolescente asesinado por un policía en Nanterre, desencadenó varias noches de disturbios en toda Francia. En Montargis, una localidad de 15.000 habitantes, cientos de jóvenes arrasaron las calles comerciales. La política de embellecimiento del centro histórico de esta pequeña ciudad no logra disimular el abandono de los barrios, asolados por la miseria y el narcotráfico, herencia envenenada de la desindustrialización.

por Cédric Gouverneur, julio de 2024



AARON JOHNSON. – *Dear Gravity* ('Querida gravedad'), 2020

Antes del advenimiento de las autopistas, esta era la carretera que llevaba a las vacaciones: por la nacional 7, a 110 kilómetros de París, llegamos a Montargis. En la plaza Victor-Hugo, una pequeña góndola que parece haber naufragado en la rotonda recuerda que la ciudad, con sus canales y sus 132 puentes, reclama el título de “Venecia del Gâtinais”. Para atestiguar sus vínculos con la subprefectura de Loiret, China pronto le regalará el puente número 133. A principios del siglo XX, entre los centenares de chinos que vinieron a estudiar y trabajar llegaron varios compañeros de Mao Zedong, como Deng Xiaoping –que da nombre a la plaza de la estación del municipio– y Cai Hessen, uno de los ideólogos de la revolución. “La doxa del Partido Comunista chino se escribió en Montargis”, cuenta el alcalde Benoît Digeon, del partido de derechas Les Républicains. El Ayuntamiento ha inaugurado un pequeño museo sobre la historia de las relaciones sino-francesas.

Pero tras esta fachada idílica hay heridas. En la calle Dorée, la principal arteria comercial, los escaparates están cegados con planchas de madera. Los disturbios del 29 de junio dañaron un centenar de tiendas: escaparates rotos, saqueos e incluso incendios. En la plaza Mirabeau hay un descampado en el solar antes ocupado por la farmacia. Los amotinadores incendiaron el establecimiento y el fuego se propagó, primero al local de un zapatero y luego por todo el edificio. La fachada se derrumbó y como medida de precaución se derribaron dos inmuebles. En la calle perpendicular, la del Général-Leclerc, un segundo descampado exhibe su desolación: aquí prendieron fuego a una ferretería. Todo el edificio tuvo que ser demolido. Según el Ayuntamiento, los daños ascienden a 400.000 euros; el sector privado calcula entre 10 y 20 millones de euros.

Entre los dos descampados se encuentra la magnífica fachada de Pralines Mazet, la confitería más antigua de Francia, abierta en el siglo XVII. Hasta 2020 era propiedad del alcalde, Digeon, nieto del confitero Jean Mazet, que se la revendió a un antiguo colaborador del galardonado chef Guy Savoy. Aquella fatídica noche, el chef Hugues Pouget estaba en París. “Rompieron los escaparates, pero las ventanas aguantaron y no consiguieron entrar”, explica. “Diez mil euros de destrozos y diez días cerrados. Nunca hubiese imaginado que pudiese pasar algo así, nunca nos hemos sentido inseguros aquí. No culpo a nadie. Estoy centrado en el futuro”. En este mes de marzo, la confitería se prepara para Pascua. “Hay que pasar página y hablar de lo positivo:

nuestra ciudad está cerca de los castillos del Loira y figura en la *Guía Michelin 2024* como uno de ‘Los cien lugares que merece la pena visitar en Francia’”.

Montargis quiere olvidar. Pero en cuanto salimos del centro es imposible no ver la otra cara de la “Venecia del Gâtinais”: sus barrios asolados por la pobreza y la droga. La ciudad cuenta con un 42% de vivienda social construida en la década de 1960 para los trabajadores de las fábricas, numerosas en aquella época. Hacia el oeste, en una meseta, está el barrio Kennedy, y, al este, los de La Chaussée y Chautemps. Estos tres barrios, catalogados como prioritarios (*quartier prioritaire de la ville*, QPV) se encuentran a caballo entre Montargis y Châlette-sur-Loing. En ellos viven unas doce mil personas. Montargis es la ciudad más pobre de toda la región del Centre-Val de Loire: más de un tercio de sus habitantes vive bajo el umbral de la pobreza y más de una cuarta parte no tiene trabajo (1). Una voluntaria de una asociación caritativa habla de las “madres de familia que se prestan las unas a las otras 10 céntimos para poder comprar comida”. Desde 2014 ya no hay educadores de calle, el departamento de Loiret decidió dejar de costear esta tarea.

La economía sumergida prospera. Por su situación, en el centro del país y relativamente próxima a París, Montargis resulta ideal para el narcotráfico. “En la aglomeración hay once puntos de venta de droga”, explica el fiscal Jean-Cédric Gaux. “En 2022 fueron incautados 27 kilos de heroína, 6 kilos de cocaína y 15 kilos de cannabis en una sola operación”. A principios de marzo, en Pyrénées-Atlantiques, la policía interceptó un envío de tipo *go fast* (una caravana de vehículos) con un cargamento de 116 kilos de cannabis: “Un tercio de la mercancía tenía Montargis como destino”, según el magistrado. En los barrios prioritarios, los camellos tienen buena fama: una tarde de marzo, a los pies de los bloques de vivienda del bulevar Kennedy, nos cruzamos con dos que se han montado un puesto con dos sillas y una mesa plegable. La presidenta de la asociación Mille Sourires, Christine Julian, advierte de que dos tercios de las familias que acuden a su organización son monoparentales: “Muchas madres trabajan como empleadas domésticas en París”, a 90 minutos en cercanías. “Cada día pasan de 3 a 4 horas en el transporte público. ¿Cuánto tiempo les queda para dedicar a sus hijos?”. Julian nota los estragos socioeconómicos del narcotráfico: “Una madre le pide a su hijo que deje de juntarse con camellos. Él le contesta: ‘Dame cien euros que es lo que me pagan por vigilar’ (2).

“No hay mucha gente que viva del tráfico”, aclara un joven en chándal, con un porro en la mano. Sin estudios, sin empleo, habla con el ritmo brusco de los barrios: “No hay mucho Pablo Escobar. Son billetes: te pagas el kebab y la compra de tu madre, y ya. Si te compras ropa cara, te fichan fijo”. ¿Los disturbios? Él “no estuvo allí”. Pero los comprende: “Estábamos cabreados. Había que hacer algo gordo, para que no vuelva a pasar”. Dice estar “consternado” por las tiendas: “Lo de la farmacia fue demasiado. El comercio no tiene nada que ver con la muerte de Nahel. Habría que haber quemado la comisaría, Hacienda o el ayuntamiento”. La noche del jueves 29 al viernes 30 de junio de 2023 vio cómo dos universos paralelos colisionaban en la calle Dorée. “Todo estaba tranquilo hasta las diez y media”, cuenta el subjefe de la policía local Sébastien Drapala. “Y luego empezaron a quemar contenedores en Kennedy y bajaron”. El fiscal Gaux explica: “El análisis de los teléfonos móviles ha evidenciado la existencia de consignas que llamaban a través de las redes sociales a destrozarse el centro urbano”. Ironías del destino: “Unos días antes de los disturbios estuve alertando a mis compañeros sobre los peligros de esas mismas redes...”.

Los alborotadores asediaron la comisaría con proyectiles pirotécnicos e incendiaron una veintena de vehículos en el aparcamiento colindante. Según nuestros testigos, algunos jóvenes, que no eran “de la zona”, preguntaron: “¿Dónde está la calle Dorée?”. Montaron barricadas con coches en llamas en tres de los puntos de acceso al centro de la ciudad y forzaron la puerta de un particular que los ahuyentó con una espada medieval! “Una espada de entrenamiento, que no está afilada”, explica el susodicho. Los amotinadores subieron por las arterias comerciales y saquearon cinco tiendas, sobre todo de telefonía móvil y de ropa. Entre ellos había algunas chicas. Uno de nuestros interlocutores jura haber visto “tres o cuatro adultos con carritos”. La policía arrestó a niños con los bolsillos a rebosar de videojuegos y cartas de *Pokémon*.

Pero pronto tanto la policía local como la nacional se vio desbordada. “Siendo unos veinte, ¿qué haces contra cientos de alborotadores?”, suspira Drapala. Los adolescentes gritaban: “¡Esta noche los maderos somos nosotros!”. Hacia la una de la madrugada, los policías salvan el ayuntamiento de un intento de incendio y repelen a los asaltantes disparando balas de goma. “Tenían determinación, estaban organizados y eran muchos”, resume Drapala, que compara la situación con los disturbios de otoño de 2005. “Entonces quemaron algunos coches, pero

en cuanto cargábamos los jóvenes se dispersaban”. Aquel día los enfrentamientos prosiguieron hasta las cinco de la mañana.

Al día siguiente, viernes 30 de junio, nadie entiende nada. La gente observa abatida las ruinas humeantes. La mayoría mantiene el silencio, algunos lloran. Otros abogan por la autodefensa. Un rumor dice que los amotinados van a quemar la bolera. A las tres de la tarde el miedo a un asalto provoca la evacuación del tribunal. “En realidad el viernes fue tranquilo”, recuerda Drapala. “Seguramente se quedaron en casa por miedo a ser identificados”. Delatados por las cámaras de videovigilancia, 26 alborotadores –15 mayores de edad y 11 menores– comparecen ante la justicia entre julio y diciembre de 2023. Todos viven en los barrios prioritarios. Muchos tienen antecedentes penales. Solo uno muestra arrepentimiento. Un chico de 17 años, el supuesto autor del incendio de la farmacia, es arrestado y encarcelado a la espera de juicio. El fiscal Gaux habla de “nihilismo en la violencia, sin ninguna reivindicación política. Ninguno de los acusados mencionó la muerte de Nahel”. Con todo, el magistrado admite que la respuesta no puede ser únicamente represiva: “Resulta evidente que hay que actuar en otros ámbitos que quedan fuera de mis competencias: educación, asuntos sociales, economía, para ayudar a nuestros jóvenes. Porque son nuestros jóvenes. La fraternidad no debe ser solo una palabra”.

El sábado 1 de julio de 2023, el presidente del partido de extrema derecha Reagrupamiento Nacional (RN), Jordan Bardella, llegó a una ciudad conmocionada. El diputado del RN de la circunscripción, Thomas Menagé, hacía de guía. “Obviamente el RN saldrá ganando”, se queja Bruno Nottin, concejal comunista, derrotado por Ménagé en las elecciones legislativas de 2022. “Es aún más deprimente porque son las políticas de la derecha las que nos han llevado a esta situación”. Antes de cambiar en 2001, Montargis era comunista. Hasta la década de 1990, la aglomeración conformaba un centro industrial. Una a una, las fábricas fueron cerrando. La compañía que ha dado trabajo históricamente, la productora de caucho estadounidense Hutchinson, convertida en una filial de TotalEnergies, no deja de reducir plantilla. “La aglomeración ha perdido 10.000 empleos en la industria en treinta años”, calcula Franck Demaunot, alcalde comunista de Châlette-sur-Loing. A esto se añade el cierre del cuartel Gudín, que fue escuela técnica militar y luego academia de policía hasta 2009. Personas con ingresos bajos y precarios, atraídas por la proximidad de Île-de-France y por los precios baratos de la

vivienda –1600 euros/m² para un piso, 1400 para una casa– han sustituido a los obreros, empleados, militares y guardias civiles.

“Cuando Hutchinson tose, Montargis enferma”, resume un médico jubilado de Montargis. “Montargis y las ciudades de alrededor formaron el primer distrito –una especie de mancomunidad– de Francia ya en 1959: un territorio con una coherencia económica y social real”. Ahora “la sociología ha cambiado: la gente vive aquí, pero va a París a trabajar y ya no tiene ni medios ni tiempo para integrarse en la ciudad. Lo veo a mi alrededor: los jubilados lamentan este cambio. Y sí, están dispuestos a votar a la extrema derecha”. El lema en latín de la ciudad le resulta irónico: *Sustinet labentem*, ‘Sostiene al que vacila’.

Frente a esta sangría de empleos en la industria, los alcaldes de derechas Jean-Pierre Door (2001-2018) y Benoît Migeon (desde 2018) apostaron por rehabilitar el centro para convertirlo en una joya turística. “Pero no basta con el turismo. Montargis solo es una parada, nadie pasa todas las vacaciones aquí. Ya casi no queda enseñanza superior, así que los jóvenes se marchan. ¿Y cómo vas a atraer a los mayores a este desierto sanitario?”, resume el médico jubilado. Los que se oponen al alcalde critican los onerosos proyectos concentrados en el casco histórico y los juzgan como superfluos dada la actual situación social: “¡Un puerto de recreo de 10 millones de euros, una pasarela de 1,5 millones, la rehabilitación del bulevar de Belles-Manières, entre 7 y 8 millones, etc.!””, espeta Nottin, que lamenta el endeudamiento de la ciudad. Recuerda que el exteniente de alcalde, Frank Supplisson, fue condenado por tráfico de influencias en 2023. Así como la exprefecta de la región: Régine Engström trató de impedir que el cuartel de Gudin se incluyera en el catálogo de monumentos históricos para no poner en peligro los tejemanejes de su antiguo patrón, el promotor Nexity (3). “Es una burguesía digna de una película de Chabrol”, apostilla Nottin. “Y mientras tanto se resisten a hacer obras de adecuación en la sala Nelson Mandela de Chautemps”. Digeon desecha estas críticas: “La inversión turística genera puestos de trabajo y por tanto no perjudica a los barrios. La región y el departamento han aprobado el puerto de recreo de Saint-Roch y la cofinanciación”. El Ayuntamiento quiere seguir en esta línea: desde 2019, a través de una empresa inmobiliaria pública, ha ido adquiriendo una setentena de edificios “para evitar los locales comerciales vacíos en el centro”. Montargis, como la mayoría de las ciudades medianas de Francia, se ve afectada por el desarrollo de centros

comerciales en la periferia. La presencia en la calle Dorée de una tienda de ropa clausurada no tiene nada que ver con los disturbios: la marca Camaïeu, que contaba con 500 puntos de venta, cayó en bancarrota en 2022.

Châlette-sur-Loing, el municipio de 13.000 habitantes vecino a Montargis, comparte con este último el barrio prioritario Kennedy. “Somos una ciudad obrera desde que la fábrica Hutchinson se instalara aquí en 1853”, rememora Franck Demaumont, alcalde desde 2001. “Los huelguistas de la CGT de la Hutchinson de 1968 fueron elegidos para la alcaldía tres años después”. Demaumont asume unas políticas muy distintas a las de Digeon: “Sí, es muy bonito, pero el centro está petrificado, como un museo. Niegan la realidad. Aquí, en Châlette, trabajamos con las asociaciones de la comunidad. Nuestros equipos reflejan la sociología del territorio. Hay fiestas de barrio y actividades en el lago artificial, cuya playa obtuvo el galardón ‘Bandera Azul’”. Durante los disturbios “se quemaron ocho coches la noche del miércoles”. Comparados con los de Montargis, los destrozos fueron más bien escasos. El 14 de julio, mientras en Montargis se cancelaban todas las celebraciones, en Châlette siguieron con los planes festivos en la ribera del lago: “El comisario y el prefecto estaban preocupados, me aconsejaron que lo cancelara”, recuerda el alcalde. “Pero seguimos. Había siete mil personas. Todo fue bien. Ningún incidente”.

- (1) “Comparateur de territoires – Commune de Montargis”, Institut National de la Statistique et des Études Économiques (Insee), febrero de 2024, www.insee.fr
- (2) Véase “Le capitalisme débridé du cannabis”, Manière de voir n.º 163, “Drogues. Changer la donne”, febrero-marzo de 2019.
- (3) François Guérout, “L’ex-préfète du Loiret reconnue coupable de ‘prise illégale d’intérêts’”, 11 de diciembre de 2023, www.francebleu.fr

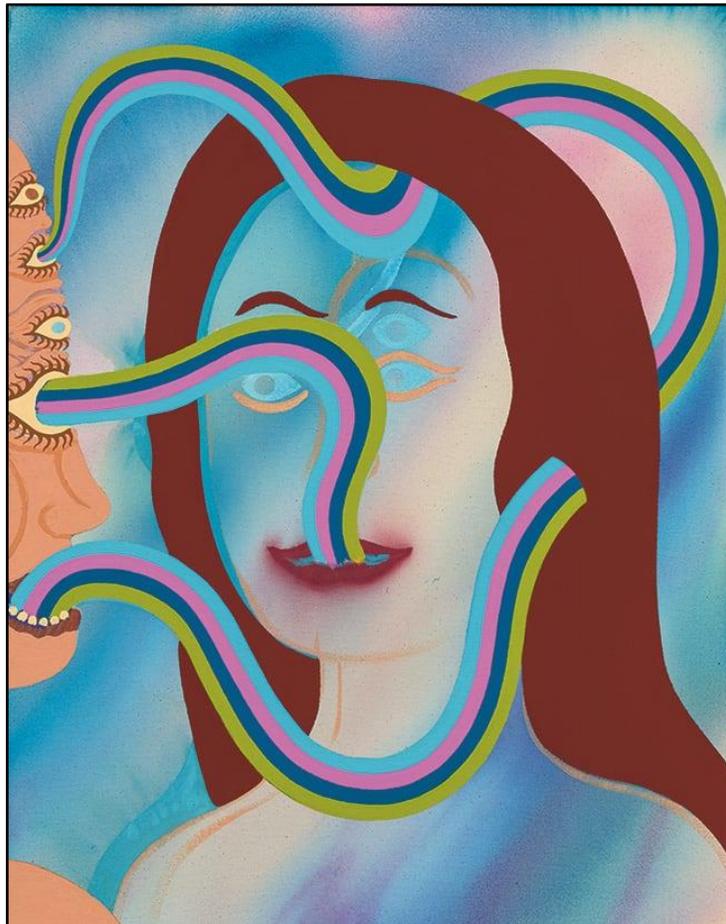
Cédric Gouverneur
Periodista.

La fiebre del orden

Un futbolista negro insulta públicamente a su entrenador. Las redes sociales echan humo, los antagonismos se exageran, Francia se encamina al caos. Afortunadamente, una profesional de la gestión de crisis interviene para curar la fiebre y reconducir a la nación. Es una serie de televisión de gran éxito, una sutil aportación del entretenimiento a la producción de la ideología dominante.

62

por François Bégaudeau, julio de 2024



AARON JOHNSON. – *It's Always You* ('Siempre eres tú'), 2019

Se trata de algo inédito en la historia del arte y del *marketing*: la misma semana de su lanzamiento, en marzo de 2024, una serie de televisión es

objeto de un libro colectivo. Una especie de producto derivado, una taza de *Star Wars*, pero de mayor carga simbólica. Ya que este “estudio” es doblemente serio: por un lado, involucra a intelectuales eminentes, tales como una periodista (Anne Sinclair), un asesor de comunicación (Stéphane Fouks), un ex secretario general de la Confederación Francesa Democrática del Trabajo o CFDT (Laurent Berger), una alcaldesa (Joanna Rolland) y un ex primer ministro (Jean-Marc Ayrault, que nos honra con un epílogo); por el otro, la instigadora del libro es la Fundación Jean-Jaurès, *think tank* del Partido Socialista (PS) cuyos miembros y colaboradores se turnan sin parar en los platós de televisión, lo que es garantía de calidad.

Con toda lógica, el guionista Éric Benzekri ha situado en el centro de *La Fièvre* (‘La fiebre’) a una experta que genera estudios, “estudios cuanti” y “estudios cuali”, realizados por cuenta de su asesoría de gestión de crisis, que a esta Samuelle (Nina Meurisse) le llevan a muchas reflexiones, despachadas a lo largo de monólogos y episodios. *La Fièvre* no es una serie, es un Powerpoint.

Que nadie se llame a engaño: aumentar la facturación de la empresa y, de paso, su salario no es algo que interese a Samuelle, por más que su jefe la inste a centrarse en los casos más lucrativos. Lo que le preocupa a Samuelle, espíritu desinteresado, conciencia iluminada, lectora de Stefan Zweig más que de Jacques Séguéla, no es su carrera, es la sociedad. Samuelle tiene la sociedad bajo la piel, al punto de somatizarla. Porque la sociedad está enferma, literalmente enferma. No sufre del empobrecimiento de las clases inferiores, el maltrato de los trabajadores, la hegemonía financiera, el problema de la vivienda o el desmantelamiento de la protección social, cuestiones demasiado terrenales para una ficción que gravita en las altas esferas de la filosofía de las encuestas. La sociedad, entendida aquí como un todo orgánico, un cuerpo, es víctima de la fiebre. Samuelle es como el médico heroico que se expone al virus para erradicarlo.

Febil, el cuerpo nacional se desmiembra. El mal es la división. “Francia desagregada, Francia archipiélago”, dice alarmada Samuelle, retomando el “concepto” del encuestador Jérôme Fourquet, autor de un artículo en el susodicho libro colectivo. Circularidad solidaria de los mensajeros del pensamiento dominante: Fourquet valida *La Fièvre* que valida a Fourquet.

El resultado es una sociología política estrictamente binaria: hay quienes, como Samuelle, quieren “crear sociedad” y quienes quieren fragmentar la sociedad. A estos últimos, malhechores, malvados, los conocemos: son “los extremos”. Ahora bien, irrefutables investigadores en física han demostrado que los extremos se juntan. Por lo tanto, Samuelle está científicamente legitimada para no dar la razón ni a la *influencer* de extrema derecha Marie Kinsky ni a la activista decolonial Kenza Chelbi, cómplices objetivas en su deseo de “provocar incendios” con el fin, en última instancia, de desencadenar una guerra civil.

Esta profecía no es un delirio paranoico. En el último episodio de la única temporada hasta la fecha, el propio jefe del Estado, interpretado por Kad Merad, la valida desde lo alto al hacerle a Samuelle una pregunta cargada de gravedad presidencial: “¿Dónde estamos? ¿Antes, justo antes de la guerra civil, o quizás esta ya ha comenzado?”. Si nuestro presidente tiene miedo es porque hay motivos para ello. Habrá que ver sin falta la segunda temporada.

A quien le haya sorprendido la presencia de Samuelle en un salón del Elíseo solo ha mirado *La Fièvre* con los ojos entrecerrados de un asalariado exangüe. Se le ha pasado por alto que nuestra Aristóteles de la comunicación se codea con gente poderosa. Sus clientes son banqueros en busca de buena reputación, el presidente de un club de fútbol apasionado y dandi (Benjamin Biolay), pero también, y sobre todo, el ministro del Interior, un personaje de lo más simpático. Con él, Samuelle comparte un diagnóstico –“El debate público es tóxico, es radicalismo contra radicalismo, el ministro lo ha entendido muy bien”–, pero también una preocupación central que excluye todas las demás: el mantenimiento del orden. Cuando la comunicadora pide “sanciones para quienes atizan el fuego en ambos bandos”, el “primer poli de Francia” le hace caso. Cuando ella recomienda un toque de queda en la región de París, él lo decreta y, tres escenas después, se muestra satisfecho de la eficacia de esa medida excepcional: la noche ha sido tranquila, le hace saber a Samuelle, que esboza una sonrisa de alivio. Los suburbios aguantan. La sociedad aguanta.

Samuelle no quiere justicia ni igualdad, quiere orden. Desea que nada cambie, a no ser que sea para resucitar la Francia de antaño: la de SOS Racisme, donde Benzekri militó en su juventud; también la de la

década de 1990, cuando gobernaba Jospin y el pueblo cantaba a coro “I will survive”. La lucha de Samuelle es una lucha por la supervivencia de la nación. La cuestión es “existencial”, dice, consciente o no de emplear un término central de la escatología zemmouriana.

La conservación de lo existente como finalidad estructuradora y suficiente define el centrismo. Samuelle ocupa el centro de la serie y del tablero político, equidistante entre Marie y Kenza, esas dos “históricas”. Podría refrendar las palabras de su querido ministro: “Soy el centro razonable frente a los identitarios de ambos bandos”. Una vez más, parece como si el centro no fuera una posición política entre otras, a las que combatir argumento por argumento, sino la única posición racional, la única decentemente posible. Todo lo demás es patología, radicalismo, desviación, resentimiento. Todo lo demás es la derechista Marie y la izquierdista Kenza chapoteando en lo que Samuelle llama “el espacio pulsional”.

El sintagma completo es “espacio pulsional identitario”, con el que la universalista Samuelle mete en el mismo saco a los “identitarios de ambos bandos”: decoloniales y nacionalistas, igualmente culpables de racializar los debates y, por tanto, de sabotear desde dentro el ideal republicano.

Se aprecian dos confusiones recurrentes de la retórica derechista contemporánea: 1) una confusión entre personas racializadas y racistas, entre quienes sufren el racismo y quienes lo promueven; 2) una confusión cuidadosamente mantenida entre sufrir el racismo y pretender sufrirlo. En *La Fièvre* no hay ningún acto racista. El racismo solo existe en el discurso de sus denunciantes, a saber, la banda de Kenza, a la que desacreditan sus tejemanejes grupusculares. En resumen, se supone que debemos confiar en su palabra y el guionista hace todo lo posible para que no les creamos. “Una sarta de mentiras”, dice Samuelle de la investigación de un diario sobre el racismo en el fútbol francés. En verdad, nos dice razonable y objetiva, este artículo exagera. Es exagerado decir que hay racismo en Francia, patria de los derechos humanos y las colonias civilizadoras.

La Fièvre no comparte solo con los reporteros de CNews la tutela del grupo audiovisual Bolloré: Canal+ es la cadena. La serie retoma por su cuenta los tres tiempos de su falsificación favorita. Paso 1: reduzco la

izquierda a su vertiente “indígena” o “wokista”. Esta serie que pretende tomarle el pulso a Francia no menciona ni el movimiento contra la reforma de las pensiones, ni la efervescencia ecologista, ni el auge del feminismo. Benzekri no sabe nada de todo eso, no quiere saberlo. Paso 2: confundiendo hábilmente barómetro y temperatura, presento a los indígenas como productores de racismo. Mediante un truco de guion, envío a la hosca Chelbi, a veces flanqueada por guardaespaldas vestidos de cuero negro a la manera de los Panteras Negras, para susurrarle al oído a Fodé –el simpático futbolista subsahariano que solo quiere darle al balón, lejos de influencias tóxicas– que el cabezazo que le ha soltado a su entrenador blanco es una respuesta al racismo sistémico que sufre. A partir de ahí, paso 3, puedo afirmar que la izquierda se ha vuelto identitaria, lo que termina de justificar mi viraje a la derecha –“Lenin, despierta, se han vuelto locos”, etc.–. Un minuto más y sugeriré que si hay racismo es racismo contra los blancos. Y, de hecho, el único exabrupto racista que aparece en la serie es el insulto con el que Fodé acompaña su cabezazo: “sucio blanco”.

¿Y la derecha? Comparada con la rígida Chelbi, la rubia veneciana Kinsky irradia luz. Guapa –los rasgos de Ana Girardot–, sin duda talentosa –sus representaciones teatrales cautivan–, también demuestra ser valiente cuando se abre paso entre una manada de activistas decoloniales que exudan tanto odio como para escupirle. ¿Qué vemos entonces en la pantalla sino a una mujer blanca acosada por negros?

La contraposición entre Samuelle, la bombera, y Marie, la incendiaria, que vertebrada todo el guion se nos presenta entonces como lo que es: un juego de espejos. Una se refleja en la otra. Ambas exigen que Fodé se disculpe públicamente por su acto que “nada justifica”. Colaboradoras en otro tiempo en la empresa de la comunicación, ambas tienen como principal fuente un muro de pantallas y utilizan las redes sociales para captar y orientar “la opinión”: ambas hablan de “la opinión” y despolitizan la política psicologizándola; ambas hablan de guerra civil, y sabemos que en política un léxico común implica una convergencia de puntos de vista.

Admitamos que, sobre la tenencia de armas, las dos examigas, y quizá examantes, discrepan. Marie defiende el derecho a la autodefensa, Samuelle quiere que la policía conserve el monopolio de la violencia legal y prefiere la democracia representativa a la incontrolable democracia

directa que Marie esgrime como amenaza. Lo que su amigo ministro del Interior resumirá desde la tribuna con una fórmula digna del Clemenceau más inspirado: “La policía o las milicias”. Pero en último término el desacuerdo entre Marie, la extremo-derechista, y Samuelle, la extremo-centrista, es superficial. Es un hiato técnico, un desacuerdo de gobernanza, un debate sobre los medios y no los fines: todos armados o solo los polis. Policía “ciudadana” o profesional. Pero policía. Deseo de policía. Febril pulsión de eliminar el desorden, de eliminar toda oposición política. Toda política.

Por lo demás, es bastante extraño que Benzekri, que algunos testigos de edad proecta conocieron como izquierdista, haya considerado sensato situar en el centro de su serie uno de los últimos debates que la reacción, y la esfera mediática afecta a sus axiomas, no se ha atrevido a imponer en el espacio público francés. ¿Marine Le Pen aún no ha incluido en su agenda la liberalización de la tenencia de armas? *La Fièvre* lo hace en su lugar. ¿Para aprobarla? Tanto como eso no. La izquierda de derechas aún no ha llegado tan lejos. Pero siempre se empieza así. Empezamos diciendo que la extrema derecha hace buenas preguntas y da malas respuestas. Luego decimos que hace buenas preguntas. Luego decimos que no debemos dejar que se apropie de cuestiones como la nación, la seguridad y la inmigración, que nos apresuramos a abanderar. Luego la integramos en el “arco republicano” al mismo tiempo que expulsamos a la izquierda.

Benzekri siempre podrá argüir que quiso explorar ficcionalmente la hipótesis de la tenencia generalizada de armas para desactivar esa bomba. Pero la ha puesto en el orden del día, abriendo sobre la cuestión la “ventana de Overton” (o el campo de lo decible). Su subconsciente ha hablado. Marie Kinski no solo es la doble maléfica de Samuelle. Es un lapsus. Benzekri cree que bosquejar un monstruo dibuja un horizonte, una salida. Cree que está inventando un personaje que repele, una encarnación de lo peor, y la moldea conforme a sus deseos. Marie la profetisa no es un peligro, es una solución. Es nuestra salvadora. Lo que Benzekri cree que hace: alertar contra la extrema derecha. Lo que hace: convocar a la extrema derecha.

La fiebre del título de la serie no es la de la sociedad, es la de Samuelle. Es ella la que se enciende, se vuelve loca... refugiándose a veces en una clínica psiquiátrica. Es ella la que está en proceso de radicalización.

Falsamente razonable, no ha contraído la fiebre por temer la victoria de las ideas incendiarias de Marie, sino por desearla.

“Enseñanzas políticas de una serie” es el subtítulo del “estudio” de la Fundación Jean-Jaurès que, junto con las numerosas entrevistas y otros programas matutinos de France Inter, ha contribuido a la excepcional visibilidad mediática de *La Fièvre*. Y en efecto, la serie está repleta –muy repleta– de enseñanzas políticas. Al pretender identificar síntomas, es un perfecto síntoma. Estrenada tres meses antes de que Macron, en un acto fallido y muy logrado, haya tratado de acelerar la llegada al poder de la Agrupación Nacional (RN por sus siglas en francés) con el pretexto de combatirla, documenta maravillosamente las fantasías autoritarias de nuestra burguesía y el renovado vigor de su vieja tentación fascista.

François Bégaudeau

Escritor. Autor de *Boniments*, Éd. Amsterdam, París, 2023.

